

Reinaldo
Iturriza López

27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias



**COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA LA CONMEMORACIÓN DEL
VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA REBELIÓN CÍVICO – MILITAR
DEL 4 DE FEBRERO DE 1992**

Diosdado Cabello Rondón

GJ Henry Rangel Silva

GD Miguel Rodríguez Torres

Rafael Isea Romero

Ronald Blanco La Cruz

Earle Herrera

Ernesto Villegas Poljak

Desireé Santos Amaral

Pedro Calzadilla

Carmen Bohórquez

Lionel Muñoz

Francisco Arias Cárdenas

Luis Reyes Reyes

Nancy Pérez

Alí Rodríguez Araque

27 DE FEBRERO
DE 1989:
INTERPRETACIONES
Y ESTRATEGIAS

CARACAS, 2012

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2007
Biblioteca Popular para los Consejos Comunales

© Reinaldo Iturriza López
© Comisión Presidencial para la Conmemoración del
Vigésimo Aniversario de la Rebelión Cívico-Militar
del 4 de febrero de 1992, 2012

COORDINACIÓN DE COLECCIÓN
Luis Felipe Pellicer

ASESORÍA EDITORIAL
Dannybal Reyes

DISEÑO DE COLECCIÓN
Dileny Jiménez

EDICIÓN Y CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA:
Douglas García
Vilma Jaspe
Elis Labrador
Jenny Moreno
Carlos Zambrano
Yéssica La Cruz
Carina Falcone

Hecho el Depósito de Ley
If 22820123208
ISBN 978-980-7248-52-5

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

REINALDO ITURRIZA LÓPEZ

27 DE FEBRERO
DE 1989:
INTERPRETACIONES
Y ESTRATEGIAS



PRESENTACIÓN

COLECCIÓN 4F: LA REVOLUCIÓN DE FEBRERO

Hace más de veinte años se forjó el comienzo de una incesante lucha. El pueblo de Bolívar sufría las consecuencias de una grave crisis acentuada desde comienzos de los años ochenta: el engaño, la represión sistematizada, la corrupción administrativa, la red de complicidades de los partidos políticos y la impunidad más insolente en el ámbito judicial convirtieron la crisis económica venezolana en una crisis del sistema político-moral, crisis cuya más cruda expresión se manifestó con la insurrección popular en contra de las medidas neoliberales de ajuste estructural de 1989 que conocemos como *El Caracazo*, evento que produjo un efecto constituyente para el Movimiento Bolivariano venezolano.

El año 1992 representó para los venezolanos y las venezolanas un hito histórico que definió y caracterizó el devenir de la política de nuestro país. Tienen arraigo en la memoria colectiva aquellos acontecimientos del 4 de febrero: insurrección cívico-militar de profundas convicciones sociales guiada por los más altos valores patrios. Al frente de la rebelión militar del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 del 4-F y con el *Por ahora*, Hugo Chávez se posiciona en el imaginario popular como un ícono de responsabilidad, valentía y heroísmo. Después de dos años de prisión enfrentados con dignidad se incorpora a la lucha política obteniendo el triunfo abrumador en las elecciones del 1998. Pero las bestias de la reacción y del imperio prepararon su metralla: Chávez es derrocado el 11 de abril de 2002. Horas después todas las fuerzas coaligadas del sector popular del 27-F, junto a las del ejército bolivariano del 4-F, reaccionan y el 13 de abril de 2002 destronan al títere impuesto por el Departamento de Estado norteamericano. Sucediéndose así tres procesos en una sola dirección hacia el rescate de la soberanía: la

histórica clarinada del 27-F; la reacción militar bolivariana del 4-F y el rescate del 13-A como poder de la conciencia revolucionaria que define para siempre el rumbo socialista.

La Comisión Presidencial Bicentenario en virtud de celebrar los actos del 4 de febrero de 2012 y con el propósito de contribuir a la formación de la conciencia histórica que expresan estas nuestras más contemporáneas fechas patrias, presenta ante sus lectores una colección en la cual encontraremos los siguientes diez enriquecedores títulos: *27-F, para siempre en la memoria de nuestro pueblo* (compilación de la Defensoría del Pueblo); *Febrero* de Argénis Rodríguez; *Historia documental del 4 de Febrero* de Kléber Ramírez Rojas; *Hugo Chávez: del 4 de Febrero a la V República* de Humberto Gómez García; *El Caracazo* (varios autores); *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias* de Reinaldo Iturriza; *Del 11 al 13. Testimonios y grandes historias mínimas de abril 2002* de José Roberto Duque; *4-F. La rebelión del sur* de José Sant Roz; *El poder, la mentira y la muerte, de El Amparo al Caracazo* de Miguel Izard; *Un día para siempre. 32 ensayos de escritores e intelectuales sobre el 4F* compilados por el poeta Miguel Márquez.

Sugerimos, pues, al glorioso y bravío pueblo venezolano, sumergirse y sumarse en esta extraordinaria colección, única en su corporeidad, garante del pensamiento nacionalista revolucionario, rebelde en el espíritu reivindicativo que va plasmado en cada unas de las obras de estos autores, conscientes de su papel con nuestra historia contemporánea.

PREFACIO

Escribí *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias*, entre la segunda mitad de 1999 y el primer trimestre de 2000. El arqueo bibliográfico, como lo aprendí en mi escuela de Sociología de la UCV, lo inicié mucho antes, en 1998. En lo que respecta al soporte teórico de mi investigación, muchos de los autores que aparecen acá citados los descubrí fuera de las aulas, al tiempo que conté con la extraordinaria posibilidad de ahondar en la lectura de varios de ellos en un par de cursos dictados por Erik del Búfalo, en la Escuela de Filosofía de la misma universidad.

Si los aportes de Erik fueron invaluable, nada menos puedo decir de las orientaciones metodológicas de Dick Parker, con quien tuve el honor y el placer de recibir clases. Si a todo esto se le suma mi encuentro fortuito con un librito sorprendente y genial, *Salsa y control*, de José Roberto Duque, y dadas las apremiantes circunstancias que me obligaban a no seguir posponiendo mi entrega de tesis de pregrado, el resultado no podía ser otro que este libro que ahora llega hasta sus manos, y que no es más que un alegato contra el discurso dominante sobre el 27 F.

Como ya lo he escrito en la introducción, este trabajo tiene mucho de exposición un tanto torpe de desarrollos parciales. Pero he preferido atreverme a intentar pensar el 27 F de otro modo, en

lugar de continuar repitiendo los mismos lugares comunes sobre un suceso que definitivamente marcó un antes y un después en nuestra historia reciente. Intenté aportar algunas ideas que nos permitieran replantear el 27 F como problema, o como objeto de estudio, si así prefieren llamarlo.

Hoy día, y revisando la bibliografía producida desde entonces, no solo estoy convencido de que sigue siendo necesario ensayar formas de interpretación novedosas para tratar de percibir la naturaleza del 27 F. Las transformaciones políticas que han venido operando en nuestro país desde 1998, pero sobre todo desde las jornadas de abril de 2002, nos obligan a pensar la sociedad venezolana y, por supuesto, el mundo que nos circunda, desde nuevas ópticas. Es necesario, por ejemplo, terminar de saldar cuentas con los esquemas de análisis que nos legó la izquierda tradicional. Venezuela es en este momento un extraordinario laboratorio de nuevas formas de subjetividad política, de múltiples singularidades que se manifiestan todos los días y que inciden de manera constante y decisiva en la configuración de las relaciones de fuerza que atraviesan nuestra sociedad. A una sociedad en ebullición no se le puede pensar con cerebros quietos. Si pretendemos mantenernos a la altura de los acontecimientos, hay que comenzar ya a estremecer esas cabezas. Ojalá y este libro sirva de aporte, por limitado y pequeño que sea.

REINALDO ITURRIZA LÓPEZ

Febrero 2006

INTRODUCCIÓN

Nunca como hoy, once años después del suceso que sorprendiera a la sociedad venezolana, y en particular a su mundo político, se ha hablado sobre el agotamiento y final del conjunto de pactos y acuerdos fundantes de la etapa democrática representativa. Imposible escribir este trabajo sin escuchar este ruido de fondo que son las declaraciones de un gobierno que se reconoce descendiente directo del 27 F, y se declara verdugo inclemente del puntofijismo.

Pero lo cierto es que esta idea del comienzo del fin de una etapa empieza a rodar con fuerza ya a partir del mismo febrero del 89. Una de las preguntas que han animado nuestro trabajo es la siguiente: ¿acaso los procedimientos políticos se agotan en los pactos? De la que se desprende otra pregunta: ¿acaso no hay un nivel de la política, no menos crucial y determinante, que escapa a esta realidad de pactos, acuerdos y tratados? Podemos imaginarnos el pacto como un dique. Roberto Hernández Montoya ha escrito alguna vez que el 27 F

... demostró que el dique mayor aún funciona: se hace una buena matanza para los libros de la historia, y todo a su lugar al amanecer de la fiesta satánica. Pero la represa mayor tiene mil fracturillas, mil microscópicos arrebatores, exacciones, estafillas, violaciones,

traiciones (...). Lo importante es esa microfísica del dique fisurado¹.

Llevar el análisis a un nivel microscópico que, por demás, no se considera pertinente históricamente, es lo que intentamos hacer en este trabajo. De las objeciones hechas a los análisis de este tipo sobran ejemplos en la historia: “Al profano le parece que su análisis se pierde en un laberinto de sutilezas. Y son en efecto sutilezas; las mismas que nos depara, por ejemplo, la anatomía micrológica”. Así escribía Marx, en 1867, saliéndole al paso a las críticas que recibiera, por hacer demasiado énfasis en el detalle-, su análisis sobre la forma del valor y la forma de la mercancía, en *El Capital*. Por supuesto, ni en rigor ni en extensión es nuestro trabajo comparable al de Marx. Por ejemplo, este habla, en otro de sus prólogos a *El Capital*, del método de investigación y el método de exposición. Ambos métodos se distinguirían formalmente:

La investigación ha de tender a asimilarse en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Solo después de coronada esta labor, puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y consigue reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia, cabe siempre la posibilidad de que se tenga la impresión de estar ante una construcción a priori².

Por lo que aquí mostramos para su lectura se encuentra, en realidad, a medio camino entre un método y otro.

Es un esfuerzo por ir al detalle, por descubrir las diversas fuerzas que se enfrentarían, casi siempre imperceptiblemente, durante el 27 F; por descubrir sus contornos precisos, sus respectivas formas de composición; pero principalmente, sus diversos

-
1. Roberto Hernández Montoya: “Diques”. Caracas, Venezuela. *El Nacional*, 8 de octubre de 1994, A/5.
 2. Carlos Marx: *El Capital*. México. Fondo de Cultura Económica, 1994, págs. xiii, xiv y xxiii.

funcionamientos, sus procedimientos, sus estrategias. Pero es también un esfuerzo truncado, o más bien todavía en acto, de lo que resulta una exposición un tanto torpe, y a veces hasta poco cuidada de las formas, de desarrollos parciales.

No obstante, hemos preferido esto en lugar de un trabajo perfectamente presentado, pero plagado de lugares comunes. Porque, y como se sospechará, lo que está en juego aquí es tener la libertad de definir los términos en que va a plantearse el 27 F como problema. Este trabajo ha podido llamarse *El 27 F como problema*. Si hemos optado, al final, por hacer mención en el título tanto de las interpretaciones como de las estrategias, es haciéndole honor al primero y más importante de los descubrimientos que hemos hecho: pensar el 27 F, sin desmerecerlo, es todo lo contrario de lo que se ha convertido en una interpretación dominante sobre el suceso. Que queden las páginas que vienen como evidencia.



Camión saqueado. Avenida Intercomunal del Valle. Colección Archivo Audiovisual de la Biblioteca Nacional.

CAPÍTULO I

El autor interroga y el testigo responde: “Eran todos juntos. Ahí no había nadie. Pero eso era la gente”. El autor dispone, como funcionario que rellena un formulario. En la parte que corresponde a la naturaleza del suceso, anótese: ausencia de “objetivos explícitos”, ausencia de “liderazgo”, “sin organización”. Complétese: suceso difícilmente clasificable como político. Incorpórense pruebas: la declaración del testigo, al pie de la página. Vuelve a escucharse: “Eran todos juntos. Ahí no había nadie. Pero eso era la gente”. El autor, que ya no escucha, estampa el sello correspondiente: de “naturaleza ambigua”.

Pero basta que el testigo diga: “Primero era el pueblo, después, bueno, se infiltraría otra cosa”. Entonces, el autor es todo oídos. ¿Qué ha querido decir el testigo? El testigo ha dicho “pueblo”, y ha dicho también “otra cosa”. El autor habla: al principio era el pueblo, “obreros y estudiantes”, una cierta táctica, una organización, unos objetivos. Solo después, con la noche, “irrupirán de manera masiva” los habitantes de los barrios, y con ellos el saqueo, y con este y con aquellos la protesta ya no será más que de naturaleza “protopolítica”, “destrucción y aprovechamiento”.

El testigo habla, calla, casi da igual; el autor interpreta, aclara, va tras el “sentido” de la protesta, tras el descubrimiento de su

“significación histórico sociológica”. En su afán, apela a la escuela marxista inglesa de la historia: Hobsbawm, Thompson. La masa enfurecida, dice el autor, protesta contra el “desabastecimiento de artículos de primera necesidad”, ante la inminencia de aumentos indiscriminados en los precios de estos y otros artículos, y contra un aumento que acababa de hacerse efectivo: el del pasaje. Lo importante, -dice- es que, para la “percepción de la masa”, la situación se presentaba como fuera del alcance del gobierno, al margen de su “capacidad de control”. Así las cosas, inaceptables para la masa, según su “economía moral”, la protesta.

Una protesta ejercida, al menos en primera instancia, como “violencia contra una situación material insoportable”. A la masa le es atribuible, aun, una composición heterogénea: obreros, estudiantes, etcétera, y al autor le es posible hallar, todavía, “elementos más desarrollados de protesta”. Luego, la cuestión varía por inversión: con la “masificación”, la “generalización” de la protesta; la masa ya solo es capaz de percibirse a sí misma como masa “extremadamente homogénea”: como “pueblo”, “gente”. El propio poder solo alcanza a percibirlo como “difuso”. El autor cita un testimonio probatorio: “Yo me sentí muy contento. Tenía alegría porque habíamos dado un paso. ¡Apoderarnos siquiera por dos días de Caracas! ¡El pueblo fue dueño!” En tanto este poder es ejercido, aunque también de manera difusa, contra un enemigo “más concreto y heterogéneo”: los políticos, el gobierno, el presidente. La masa (o la muchedumbre, la multitud, la turba; el autor emplea invariablemente uno u otro vocablo) “se limita a la satisfacción inmediata”. De tal manera, dice el autor, que es improcedente la comparación con la “turba urbana” de la que hablara Hobsbawm. Eso que se manifiesta el 27 F, dice, es aún más “arcaico”. Esa masa,

a diferencia del caso inglés en el siglo XVIII, “jamás se planteó, ni como objetivo ni como fundamento, la lucha contra los ricos”³.

Para decirlo de otra manera: el saqueo,

... esa primitiva forma de violencia debía orientarse, como es normal, hacia quienes hacían de una forma u otra ostentación de su riqueza y del poder que esa riqueza les confería (...). Se orientaba seguramente hacia ellos, pero no se ejerció contra ellos. Y no fue así, porque las masas enardecidas, inconscientes y primitivas, se volcaron sobre lo que tenían más a mano. Sobre los grandes comercios, pero también y, sobre todo, contra los pequeños comercios.

Según Manuel Caballero, ampliamente reconocido como una verdadera autoridad en la materia, y que pretende en su breve ensayo “situar las cosas en una perspectiva histórica”, este comportamiento de las “masas enardecidas”, esa manera difusa de orientar el ejercicio de su poder, no es inédito en la historia. “Por su origen y por sus características”, dice el autor, es posible establecer una relación de parentesco entre lo sucedido el 27 F y ciertas “pobladas” o “revueltas de hambre”, como han sido llamadas por algunos estudiosos de la historia de las sociedades preindustriales europeas. Uno de ellos, Rudé, -cita el autor- resume el desarrollo de estas revueltas mediante el siguiente esquema:

- a. se produce “un aumento en el precio de los alimentos”, que es protestado violentamente;
- b. ocurren saqueos a mercados y panaderías;
- c. los manifestantes reclaman el “control popular de los precios”.

3. Jaime Torres Sánchez: “Del 27-F al 4-F: de un levantamiento popular a una rebelión militar”. Maracaibo, Venezuela. Espacio Abierto, *Cuaderno Venezolano de Sociología y Antropología*, año 1, n.º 2, enero-junio 1993. Sobre todo de la página 10 a la 24.

Ahora bien, ¿quiénes conforman esa masa primitiva que se abalanza así contra los comercios?, se pregunta el autor. Los pobres, por supuesto. El pueblo, puede decirse. Pero, ¿a qué llamar pueblo? Pues también al “hampa”, a “los restos de subversión extrema”, a “los marginales extranjeros”. A “lo mejor y lo peor” y, al mismo tiempo, a los “obreros y vagos, vírgenes y putas, ladrones y gente honrada, y a veces todo eso en una misma persona”. Procede entonces el autor a una segunda periodización histórica del suceso:

... hay que rendirse a la evidencia: la gente que se echó a la calle el 27 de febrero de 1989 fue la misma que lo hizo el 23 de enero de 1958. La única diferencia es biológica: aquellos son hijos de estos, y nietos de quienes habían hecho otro tanto el 14 de febrero de 1936. Y procedieron de igual forma: a lo vulgar, a lo plebeyo, a lo pobre.

Siendo así, ¿cuál es la novedad? Ah, hay una gran novedad, parece querer decirnos el autor. La gente salió a las calles en 1936, a lo vulgar, muerto el dictador; a lo plebeyo, en 1958, derrocado el dictador; a lo pobre, en 1989, a hacerle frente a la democracia. El autor se interroga: ¿qué ha quedado de ese venezolano al que le concedíamos las virtudes del ser “pacífico, civilizado, sano, culto, democrático y, definitivamente venezolano”? Después de todo, advierte el autor, “la historia no conoce solo de evoluciones, sino también de regresiones”. Sin embargo, no hay lugar para el pesimismo, dice. ¿Acaso no es posible percibir, más allá de la violencia primitiva y el saqueo, de los “gritos, palos y piedras”, una cierta “voluntad de participación” de una “sociedad civil” ignorada por los políticos? La “democracia política” es producto del saber encauzar hacia “las filas de votación” la violencia del 23 de enero de 1958. Queda de la clase política ser capaz de encauzar la violencia del 27 de febrero de 1989, controlando la especulación,

el robo del dinero de la nación, redistribuyendo el ingreso. Pero, y si no lo lograra, ¿cuál sería la consecuencia? El autor responde: “un país instalado por los siglos de los siglos en un 27 de febrero”. Así, pues, que nada menos que tal es el desafío histórico que han planteado las masas a los partidos políticos: ¿serán ustedes capaces de construir la democracia social? He allí el sentido de la célebre frase con la que culmina el ensayo: “el 27 de febrero fue un 23 de enero social”⁴.

27 de febrero “social” antes que 27 de febrero político. ¿De dónde este “carácter político” tan peculiar del 27 de febrero? Es esta la pregunta que se formula otro autor, esta vez politólogo, Luis Salamanca. La respuesta puede resumirse en una frase: el 27 F “fue la política venezolana por otros medios”. Pero, ¿qué quiere decir “por otros medios”? Pues bien, nos dice el autor, vayamos por partes. Comencemos por lo principal: “el carácter político del 27 de febrero reside fundamentalmente en la ruptura temporal del consenso” entre pobres y clase política. El 27 F ocurre el desbordamiento de los canales institucionales. Que se trate de un desbordamiento “sin programa político, sin doctrinas, sin líderes, sin objetivos”, es realmente secundario. Dice el autor: “la poca violencia producida contra las casas de los partidos políticos” no representa evidencia suficiente como para negar lo que resulta muy claro: el 27 F fue un “desafío colectivo” a los dirigentes políticos. Que este desafío haya sido planteado “en un lenguaje rudo, no político”, bueno, qué decir, pero si es que “nada de lo que estoy afirmando estaba en la mente de los manifestantes”. Sin embargo, hay que decir que esta suerte de forma “no política” de la protesta no desdice de su contenido político.

4. Manuel Caballero: “Un lunes rojo y negro”, en: *El poder brujo*. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores, 1991, pp. 141-146.

El 27 F es, pues, la política por otros medios. De allí su carácter sorpresivo, no rutinario, por eso su manifestación mediante “formas inéditas” y poco comunes:

lo ocurrido en febrero es una modalidad de protesta no muy común en las sociedades modernas. Después de la Revolución francesa, la protesta social ha tendido a expresarse más canalizada que espontáneamente, más racional que abruptamente... La aparición y consolidación de sindicatos y partidos han incidido en la reducción de los rasgos sorpresivos, imprevistos e irracionales de la acción de masas. Y esto justamente es lo que ha permitido reducir al máximo las rebeliones en favor de las movilizaciones.

Poco más adelante, continúa:

durante el 27 F las masas obviaron por completo los canales de intermediación y mediación de intereses, propios de las sociedades democráticas y organizacionales. Que tal cosa suceda en sociedades no democráticas y no organizacionales, como la sociedad francesa del siglo XVIII, es comprensible. Pero que ocurra, como en el caso venezolano, en una sociedad democrática, dirigida por organizaciones, no puede menos que producir perplejidad... sorprende que en un contexto de grandes organizaciones sindicales y de poderosos partidos políticos, los individuos hayan considerado transitar una vía distinta.

27 de febrero premoderno antes que moderno. Suceso que tiende, pues, a manifestarse a la manera de los “motines de sobrevivencia”, o “motines de pan”, de los que hablara Rudé en sus estudios sobre la Europa del siglo XVIII. Estos motines, según se sabe, se fraguaban en respuesta a la “elevación abrupta de los precios de los bienes de consumo, paralelamente al acaparamiento de los mismos, colocando a los consumidores ante una situación

límite”. En el caso venezolano, compara el autor, puede hablarse de “motines de gasolina”, aunque la frecuencia con que los saqueadores asaltaron abastos y supermercados bien sugiere hablar de “motines de pan”. Estos saqueos fueron perpetrados desorganizadamente o, a lo sumo, dejaron ver una organización por lo demás precaria, a duras penas propiciada por algún “liderazgo instantáneo”, que desaparecía una vez logrados los objetivos. Y así como Rudé descubre estos liderazgos fugaces en esas “figuras anónimas que cabalgan caballos blancos, blandean espadas o hacen sonar trompetas”, nuestro autor es capaz de descubrirlos en los motorizados, en los “policías que organizaron a los saqueadores”, en las bandas “compuestas de delincuentes, malandros, narcotraficantes, ultraizquierdistas marginados”.

Ahora bien, y en general, nos va resumiendo el autor: la protesta, el saqueo, el motín, la revuelta, es obra de los pobres, de “los habitantes de los cerros y ranchos caraqueños”, aun cuando se fueran sumando “habitantes de clase media”. También es justo reconocer “el papel de los estudiantes”, “quienes fueron creando un clima propicio a la rebelión, organizando barricadas, deteniendo unidades de transporte, etc.”. Solo después saltará al ruedo “la población de las barriadas”. Sin embargo, que se trate de un “movimiento de pobres no autoriza a considerar la explosión como una reacción contra los ricos”. Los pobres solo identificaron claramente un adversario: los comerciantes. El sector financiero, por ejemplo, el “más beneficiado con la crisis económica”, permaneció intacto.

Para finalizar, la advertencia del autor: allá, las masas no organizadas, tan lejos de la política, tan peligrosamente cercanas a los “otros medios”. Acá, “los partidos, el Estado, las asociaciones ciudadanas, los sindicatos”, etcétera. La pregunta: ¿serán capaces estos de representar a aquellos?

Esta pregunta es importante para el futuro de la democracia, por cuanto si la sociedad tiende a la desorganización, los niveles de atomización y disgregación sociales pueden generar procesos incontrolables que ningún partido, bien sea este de derecha o de izquierda, podrá canalizar⁵.

La “quiebra del consenso social”, dice otro autor, es “la gran cuestión para el análisis”. El 27 F, según Gonzalo Barrios Ferrer, resultó ser la “manifestación inorgánica, espontánea”, violenta, “y sin un plan político definido o, al menos, sin objetivos políticos precisos”, del agotamiento de la capacidad de la clase política para encauzar o contener el conflicto, “limitado y canalizado” hasta entonces, y desde 1958, “a través de mecanismos institucionales o políticos relativamente flexibles”. En otras palabras, el suceso constituyó “un primer gran agrietamiento” en “el conjunto de coaliciones, alianzas, pactos o negociaciones” entre grupos empresariales, la Iglesia, organizaciones sindicales, partidos políticos, burocracia, militares, característicos de la democracia venezolana.

Esta repercusión política del 27 F, su gravedad, la “ruptura” que señala, por supuesto que está vinculada a la forma particular de “modernización capitalista” a la venezolana, a la tensión entre clases sociales que le es propia y que, lejos de atenuarse, tiende a agravarse, sugiere el autor: es notable el común acuerdo entre los analistas a la hora de enumerar algunas de las causas inmediatas del suceso:

el desabastecimiento y la especulación, el acaparamiento de numerosos productos por comerciantes inescrupulosos y el alza del precio de la gasolina y del transporte. Ahora bien, a fin de dar con las causas profundas, con una comprensión más integral del

5. Luis Salamanca: “27 de febrero de 1989: la política por otros medios”. Caracas, Venezuela. *Politeia*, Instituto de Estudios Políticos, UCV, n.º 13, 1989. Sobre todo de la página 187 a la 205.

27 F, es preciso lanzarse a la búsqueda, en la historia social contemporánea, de acontecimientos, situaciones, hechos, que si bien, y obviamente, no serán iguales a los venezolanos, al menos nos permitirán, por una parte, comprender aquello que está en la base de la protesta social, y, por la otra, nos serán útiles para ubicar la explicación en perspectiva histórica.

¿A quién recurrirá esta vez el autor? A Hobsbawm, historiador dedicado “al estudio de las formas arcaicas de rebelión social”, o rebeliones primitivas, típicas de “sociedades de tipo tradicional”, tanto en el siglo XIX como durante el siglo XX. El autor inicia su análisis “con la inevitable alusión a la particular situación de las masas trabajadoras en la Europa de los comienzos del capitalismo”. Reseña “la depauperación en Inglaterra, Francia y Alemania”, y da cuenta de la “íntima vinculación” entre las protestas de masas y “las dramáticas condiciones del crecimiento urbano” en estos países. Para entonces, dice, las principales ciudades crecían rápida y desorganizadamente, y en ellas servicios indispensables como el agua, la limpieza en las vías públicas, las viviendas y la sanidad para los trabajadores, eran casi inexistentes.

El autor dedica especial atención a los trabajos de Hobsbawm sobre la ciudad como lugar de protesta social a lo largo del proceso histórico y político, y advierte de una vez:

uno no puede evitar la tentación de concluir por anticipado que Caracas y otras ciudades de Venezuela presentan ciertas características que las convierten en ciudades potencialmente insurrectas. Por ejemplo, en el caso del transporte: un aumento de las tarifas afecta al mismo tiempo a gran cantidad de gente pobre, y puede, por tanto, considerarse como un factor desencadenante de protestas. Eventualmente, los medios de transporte son los blancos inmediatos y accesibles de los manifestantes, quienes los incendian y vuelcan

sobre la vía, interrumpiendo o produciendo colapsos en el libre flujo a través de la ciudad.

La situación que describe Hobsbawm o, mejor, la explicación que de ella ofrece, dice Barrios Ferrer, es “perfectamente coherente con lo ocurrido” el 27 F. Además, otras situaciones que constituyen el “potencial insurreccional”⁶ de una ciudad: presencia tanto de universidades como de habitantes pobres en el centro; hacinamiento o exceso de población en espacio relativamente pequeño; la precariedad de las viviendas; el pésimo funcionamiento de los servicios públicos; todo esto, y más, característico de una ciudad como Caracas.

Hagamos, pues, una pausa. Bien pudiera pensarse que nuestra intención, al disponer así como lo hemos hecho con los autores que hasta ahora hemos leído, es la siguiente: dejar al descubierto como entre ciertos académicos es común el uso de determinados autores, pertenecientes a una misma escuela y, por lo tanto, estudiosos de temas o hechos más o menos semejantes. Sin embargo, esto es algo que nos interesa poco. No deja de parecernos curiosa, por supuesto, la coincidencia. Pero haberle dedicado tal atención, haber decidido comenzar por descubrirle, como quien, sin perder tiempo, desea dar cuenta de un hallazgo importante, no pasa de ser, a decir verdad, un simple ardid.

Puesto que lo que merece atención no es que cuatro autores, formados en distintas disciplinas, concurren en el uso de otros tres, a saber: Hobsbawm, Thompson, Rudé. Lo importante, a nuestro juicio, está en saber ver como vuelven sobre el papel, una y otra vez, incluso sin el apremio de una referencia o de una cita, las mismas opiniones que sobre el 27 F ya han repetido nuestros cuatro autores. Parece como si una misma percepción del suceso

6. Gonzalo Barrios Ferrer: “Los sucesos del 27 y 28 de febrero de 1989: una aproximación histórico-política”. Caracas, Venezuela. *Argos*, revista de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Simón Bolívar, n.º 11, 1990, pp. 55-88.

retornase cien veces en artículos, libros, crónicas periodísticas, ensayos, etcétera; bajo cien ropajes distintos.

Hacer aparecer lo mucho que tienen en común los distintos discursos de académicos, periodistas, políticos, militares, etcétera, antes que trabajar con ellos como si cada cual se constituyera no digamos siquiera al margen, sino en oposición a los otros, eso es lo que nos interesa. Y para ello, y un poco dejados al azar, comenzamos por interrogarnos sobre el estatuto político que se le atribuye al 27 F. Una respuesta parcial a este interrogante la obtenemos de la lectura de los cuatro primeros autores, y es esta: el 27 F se constituye como suceso, si no en oposición, por lo menos al margen de lo político. Repasemos brevemente de qué criterios se han servido nuestros autores para llegar a tal conclusión.

1. En primer lugar, han dado con la naturaleza del suceso, siguiendo más o menos el mismo procedimiento: identificar en las protestas, según sea posible, objetivos explícitos u objetivos políticos precisos, liderazgo, organización, doctrina, programa político o plan político definido. El examen arroja invariablemente el siguiente resultado: ausencia, falta, a lo sumo indicios precarios o momentáneos.
2. También han establecido la composición del sujeto de la protesta: pobres, obreros y vagos, estudiantes, habitantes de los barrios o habitantes de los cerros y ranchos caraqueños, restos de subversión extremista o ultraizquierdistas marginados, marginales extranjeros, vírgenes y putas, ladrones y gente honrada, malandros, narcotraficantes, habitantes de clase media, usuarios del transporte, policías, motorizados.
3. Además, han sugerido la incorporación gradual, por etapas, en las protestas, de los elementos que en ella participan: al principio, obreros y estudiantes, luego, con la incorporación de los habitantes de los barrios, la masificación, la

- generalización de la protesta; al principio, estudiantes instigando a la rebelión, luego, la incorporación de los habitantes de los cerros y ranchos caraqueños, para que por último se sumen habitantes de clase media.
4. Finalmente, han definido, a grandes rasgos, un tipo de ejercicio del poder que sería propio de los elementos que participan en la protesta: la masa no se plantea, ni como objetivo ni como fundamento, la lucha contra los ricos, ejercicio difuso del poder; la violencia, que debía orientarse hacia quienes ostentan su riqueza, y el poder que esa riqueza les confiere, no se ejerce contra ellos, sino hacia lo que se tiene más a mano, los comercios, bajo la forma del saqueo; los pobres no protestan contra los ricos, solo son capaces de identificar claramente un adversario: los comerciantes.

Leemos en alguna parte lo que ciertamente podría considerarse, a la vez que resume todo cuanto acabamos de enumerar, una de esas declaraciones un tanto obstinadas que no se distraen en evasivas: no hay pruebas suficientes como para clasificar los sucesos de febrero más allá de lo que realmente fueron: una reacción espontánea de público que se convierte en turba. El comportamiento de masas de aquellos días no parece cumplir las condiciones mínimas que le permitirían calificarle como una movilización política. La turba no distinguió oponente claro, sea un gobierno, organización o institución. Así como se dedicó al saqueo de una pequeña bodega, igualmente atacó una gran cadena de supermercados, un negocio por departamentos o una simple quincalla. Se movilizó desorganizadamente, sin un liderazgo que superara el del hampa común aprovechada del anonimato de masa o el de una escuálida vanguardia revolucionaria. Tanto sus objetivos como sus “fines pertenecen al ámbito de lo estrictamente privado. En general, la

turba se ha movilizado de acuerdo a tensiones privadas generalizadas⁷. Lo que resulta curioso es que uno de los cuatro primeros autores, no importa cuál de ellos, ha cuestionado, por limitado, este “enfoque” del suceso.

Pero continuemos. Es mucho lo que se ha dicho sobre el 27 F. Tal vez, como ha sospechado alguien, “nunca será demasiado lo que se escriba sobre los sucesos del 27 de febrero”⁸. Sin embargo, ¿cuántos de quienes se han creído con la suficiente competencia para hablar no acaban por concluir lo mismo: el 27 F es un suceso marginalmente político?

“¿Qué más decir sobre el 27 de febrero?”. Así empieza el artículo de un hombre de izquierda. “Pocos acontecimientos han suscitado tanta retórica en la historia venezolana”. No es para menos el tono de reclamo que puede presentirse en sus palabras: ha pasado ya un año y lo que se oye de boca de los intérpretes no es más que la repetición de la apresurada valoración realizada al calor de los sucesos. Es preciso enderezar algunos entuertos: así, por ejemplo, no es correcto decir que el objetivo de las protestas era reclamar las medidas económicas neoliberales que acababa de poner en práctica el gobierno. La definición de un objetivo tal supondría un grado de racionalidad, de elaboración, que de ninguna manera estuvo presente en los tumultos de febrero. Al principio, dice, la protesta ni siquiera estuvo orientada hacia el gobierno: la gente comenzó por un reclamo moderado: exigía a los choferes respetar el alza de las tarifas anunciada por el gobierno. Incluso, los saqueos posteriores llevaban el signo del castigo contra la especulación y el desabastecimiento mañoso de los comerciantes.

¿Protagonismo del pueblo?, inquiera el autor. Imposible. “Un rol de esa naturaleza supone una conciencia precisa de los fines que

7. Jesús Civity y Luis Pedro España: “Análisis socio-político a partir del estallido del 27 de febrero”. Caracas, Venezuela. *Cuadernos del Cendes*, UCV, n.º 10, enero-abril 1989. Sobre todo pp. 36 y 37.

8. Enrique Ochoa Antich: *Los golpes de febrero*. Caracas, Venezuela. Fuentes Editores, 1992, p. 11.

se persiguen y de los medios adecuados para conseguirlos”. Como hemos visto, la acción de las masas se limitó a ciertas operaciones muy simples, a saber: (a) rechazar violentamente el abuso de los empresarios del transporte público y (b) apoderarse de aquellas mercancías que necesitaban con más urgencia. Pero lo que es peor: a medida que fue pasando el tiempo, el saqueo degeneró en pillaje contra la misma gente del pueblo. Por tanto, está claro que “esa masa informe, presa de un histerismo incontrolado, no podía ser protagonista de nada, a menos que entendamos por protagonismo el desbordamiento de fuerzas naturales”.

Inútiles resultaron los esfuerzos de algunas vanguardias políticas y sociales, que intentaron canalizar las furias hacia objetivos de mayor trascendencia política. Todo fue en vano:

durante horas el pueblo estuvo en la calle como una marejada sin rumbo. No nos queda más que admitirlo: no estaba en el propósito de las masas, desbordadas hasta el atolondramiento, la conquista del poder político. Aunque, después de todo... nos queda la opción del aprendizaje: entender que la respuesta no puede consistir en brotes espasmódicos sin rumbo⁹.

Asimilar, digerir lo sucedido, esa es la opción, según nos dice Arturo Sosa, autor que ha intentado, “a pesar de la fluidez del suceso, una explicación por fases del 27 F. Asimilar, pues, lo sucedido, transformar esa fuerza popular manifestada en algo permanente, que pueda hacer crecer al pueblo organizado como sujeto político. En eso consistiría una cuarta fase posible. Pero veamos en qué consisten las tres primeras fases.

- Durante la *primera fase* ocurre la explosión popular espontánea, una explosión masiva y extensa, protagonizada por

9. Federico Álvarez: “Y de aquellas furias solo quedan palabras”. Caracas, Venezuela. *Comunicación*, n.º 70, segundo trimestre, Centro Gumilla, 1990, pp. 4-10.

la gente de los barrios y algunos sectores de la clase media, por la gente común, por el pueblo corriente con su variedad y pluralidad inherente. La causa inmediata de la protesta fue la aplicación de las medidas de aumento generalizado de los precios, especialmente de la gasolina y el transporte. La causa profunda fue la violencia ejercida unilateralmente hacia el pueblo por años y años. Una mayor violencia por venir era lo que anunciaba la política económica del gobierno. La protesta consistió en manifestaciones, botar basura por las calles, quemar algunos cauchos, asalto de abastos y comercios de víveres, y luego siguieron los establecimientos de ropa, electrodomésticos. Es una fase que se prolonga toda la noche del lunes 27 al martes 28. La gente pobre, al sentir su fuerza y verse con las manos llenas, experimentó alegría, euforia. Por eso, conforme transcurría el tiempo, se iba convirtiendo en celebración de todo el barrio”.

- La *segunda fase* adviene con la retirada a los barrios y casas de los protagonistas de la primera fase. Las calles son tomadas entonces por grupos más audaces, compuestos por malandros, zagaletones, individuos vinculados al narcotráfico barrial, restos ideologizados de la ultraizquierda, elementos que se dejaron llevar por la ocasión de romper las barreras que normalmente los aprisionan. En fin, personas inadaptadas, desligadas de la vida cotidiana del común, no representativa de la mayoría del pueblo venezolano y noble. Es esta una fase negativa, puesto que se provocan daños a personas y bienes sin control, con peligro de que se le achaquen al conjunto del pueblo acciones de las que son responsables esos grupos minoritarios mencionados.
- Así llegamos a una *tercera fase*. Ya se han desatado en algunos barrios pasiones y venganzas personales, o entre

diferentes bandas. El gobierno suspende las garantías constitucionales y cede a las FAN la responsabilidad de restituir el orden público y la normalidad ciudadana. Algunos francotiradores y grupos armados, ligados a la ultraizquierda y a la droga atacan a las FAN, provocando la represión indiscriminada. El miedo se propaga entre las clases media y alta, que ven en los pobres el enemigo, sacan sus armas y se organizan para defenderse.

Interesante resulta también echar un vistazo a la participación de las fuerzas del orden en cada una de las etapas. Durante la primera, la policía se suma al resto de la gente, participando como pueblo común, y colaborando con que la protesta y la toma de establecimientos comerciales se hicieran con orden. Si la policía, nos dice el autor, hubiera intentado frenar por la fuerza esta protesta masiva, el resultado hubiera sido una masacre con víctimas incontables. Igualmente, la GN asume la inteligente postura de tratar de moderar la ola popular, y en ocasiones trata de evitar saqueos mediante el amedrentamiento. Para entonces, ya el alto mando de las FAN está al tanto de la gravedad de la situación y decide prepararse para una intervención a fondo, una vez que el gobierno lo disponga.

Pronto, la situación se ha vuelto muy peligrosa; entramos así a la segunda etapa. Por una parte, la policía ha sido superada, y por otra, la GN no parece ser dique de contención suficiente. La policía, cansada y perpleja, desbordada por la situación, dispara a diestra y siniestra, intentando amainar lo que se estaba convirtiendo en saqueos incontrolables, con una fuerte dosis de violencia destructiva, cobrando algunas víctimas de parte y parte. Las FAN permanecen expectantes.

La tercera etapa consiste en la arremetida de las FAN, una vez aprobada la suspensión de las garantías constitucionales. Al

principio, las FAN actúan drásticamente, aunque van poco a poco suavizando su relación con la gente. Es la etapa de los allanamientos en busca de lo saqueado. En ellos participan la policía y la GN. Se cometen muchos abusos, en no pocas ocasiones se humilla a las personas y se incautan pertenencias que nada tenían que ver con los saqueos. En algunas zonas de Caracas, entre ellas el 23 de Enero y El Valle, las FAN disparan a mansalva contra casas y edificios. Vuelta a la normalidad, tanto la policía política como la PTJ, que actuaron en la primera y segunda etapas de un modo semejante a la policía, se suman a los allanamientos. Sobre todo la DISIP se dedica al allanamiento en busca de elementos subversivos¹⁰.

En su trabajo dedicado a la evaluación del comportamiento del gobierno y las fuerzas del orden, el cual juzgará según su eficacia, previo análisis del proceso de toma de decisiones durante el 27 E, el general retirado Alberto Müller Rojas nos revela, en primera página, una dificultad básica con la que se ha topado: la imposibilidad de identificar una de las partes activas del proceso: la protagonista de las acciones de saqueo, alteraciones del orden público y hasta violencia interpersonal. Dicha

... imposibilidad es básicamente el resultado de una falta de diferenciación estructural del sector de la sociedad que intervino en el proceso, lo cual implica la carencia de fines concretos de la acción; la ausencia de una organización para lograrlos y la inexistencia de planes para darles persistencia; criterios que definen la violencia política.

Por tanto, los acontecimientos del 27 y 28 de febrero no se pueden catalogar dentro del ámbito de los fenómenos políticos. Esto no quiere decir, por supuesto, que los acontecimientos no

10. Arturo Sosa A.: "¿Qué fue lo que pasó?". Caracas, Venezuela. *Sic*, año LI, n.º 513, Centro Gumilla, abril 1989, pp. 101-106..

tuvieran un impacto político. Tanto lo tuvieron que implicaron nada menos que una ruptura masiva de la legalidad existente, evidencia suficiente para concluir que algo anda mal en el régimen que gobierna la sociedad venezolana.

Una vez descartado el carácter político del suceso, procede el autor a su tipificación, para lo cual establece tres criterios: (a) intensidad de la amenaza; (b) tiempo para la decisión; (c) nivel de información. A su juicio, durante el 27 F hay un grave problema en la evaluación inicial: a las primeras protestas se les asigna el grado de “rutinarias”, esto es de bajo potencial de amenaza, anticipadas y para cuyo enfrentamiento se han tomado previamente decisiones. Semejante falla en la evaluación, dice, guarda estrecha relación con la subestimación del descontento social como consecuencia de la pérdida real de ingresos, motivada por el deterioro acelerado de las condiciones económicas de la nación. Finalmente, la situación termina por agravarse dada la actuación improvisada y desordenada de la PM,

... con lo cual se revelaba tanto la carencia de procedimientos preestablecidos para enfrentar circunstancias que configuran situaciones de rutina en materia de orden público, como la indisciplina de sus miembros, incapaces de actuar sin la supervisión adecuada, frente a hechos que son de su exclusiva competencia.

Probablemente, se queja Müller Rojas: “si se hubiese obrado eficazmente en los problemas iniciales, estos no habrían pasado de alteraciones localizadas, más o menos graves, del orden, y por lo tanto la situación se hubiese mantenido como una de carácter rutinario”.

Pero esto no fue así, como ya es sabido. Pronto, las simples alteraciones del orden público focalizadas se tornan generalizadas y complejas, y aumenta el grado de amenaza. Procede un segundo

y decisivo momento de evaluación: la información sobre lo que acontece en la realidad es escasa y confusa, debido al corto tiempo para la recolección de nueva inteligencia. Tales circunstancias, según el autor, condicionan de tal manera la evaluación, que la toma de decisiones correspondiente se realiza basándose en analogías incompletas con situaciones previas o en juicios previos sobre la hostilidad o amistad de la fuente de la crisis. En este contexto y habiendo tipificado, además, la situación como de *crisis*¹¹ (gran amenaza, poco tiempo para la toma de decisiones, de carácter extremadamente sorpresivo), el procedimiento de las fuerzas del orden se orienta al enfrentamiento de elementos subversivos, lo que a su vez precipita la incorporación de las FAN a la contienda.

Volvamos entonces, y antes de cerrar esta parte del trabajo, sobre los criterios en uso para determinar el carácter político del 27 F. Esta vez nuestros autores, tres, y en orden de aparición, son: un militante de izquierda un cura, un militar (los dos últimos, hay que decirlo, tenidos también como progresistas).

1. La naturaleza del suceso: ausencia de racionalidad, de elaboración para definir objetivos, por una parte, y sin conciencia precisa de fines y medios; por la otra, precaria organización: carencia de fines concretos, ausencia de organización, inexistencia de planes.
2. La composición del sujeto de la protesta: vanguardias políticas y sociales, usuarios del transporte; la gente de los barrios y algunos sectores de la clase media, malandros, zagaletones, narcotráfico, ultraizquierda, pobres.
3. Incorporación por etapas de los elementos participantes en la protesta: al principio, protesta contra choferes; luego, saqueos a comerciantes especuladores; por último,

11. Alberto Müller Rojas: "Las fuerzas del orden en la crisis de febrero". Caracas, Venezuela. *Politeia*, Instituto de Estudios Políticos, UCV, n.º 13, 1989, pp. 115-154.

“pillaje” e inútiles esfuerzos por encauzar la protesta. Primera etapa: explosión popular espontánea/celebración; Segunda etapa: incorporación de personas inadaptadas e inseguridad; Tercera etapa: suspensión de garantías, arremetida de las FAN, allanamientos, vuelta a la normalidad; primer momento de alteraciones del orden público localizadas y segundo momento de alteraciones generalizadas y complejas.

4. El tipo específico de ejercicio del poder: la protesta no estuvo orientada hacia el gobierno, las masas no se plantearon la conquista del poder político.

Por doquier, ausencia, falta, carencia, precariedad, inexistencia, elementos indeseables, desorientación, desorganización, desbordamiento, fugacidad, irracionalidad, amorfismo, ejercicio difuso, incapacidad. Por todas partes, formas de lo negativo: percepción del 27 F como marginal, limitadamente político, cuando no como suceso simplemente opuesto a lo político. Tal vez vaya siendo tiempo de replantearnos el problema.



Saqueos. Autor: Orlando Ugueto. Imagen tomada de: Jesús Sanoja Hernández, *Entre Golpes y Revoluciones*. T. IV. Colección Actualidad. Editorial Debate. 2007. Archivo fotográfico de *El Nacional*.

CAPÍTULO II

Acabamos de ver a qué conclusiones llega Müller Rojas en su análisis sobre el procedimiento de Estado durante el 27 F. Según él, la evaluación del suceso comprende dos momentos: uno inicial, donde se produce la principal falla, esto es, la subestimación del descontento social, además de la actuación desordenada, improvisada e indisciplinada de la policía; otro final, cuando los disturbios se han generalizado, el grado de amenaza ha aumentado, el margen de tiempo disponible para la toma de decisiones se ha reducido drásticamente, y el procedimiento se orienta, entonces, a la confrontación de un enemigo de carácter político, deliberadamente subversivo; un enemigo, pues, que en rigor no existe. En pocas palabras: los desaciertos del Estado al momento de evaluar se producen al no poder comprender que la propia naturaleza de los incidentes, coloca a la crisis más como un problema de naturaleza social que como uno político en su esencia¹².

Ahora veamos lo que nos tiene que decir un hombre de Estado. En una entrevista que se le realizara poco después del 27 F, el presidente de entonces, Carlos Andrés Pérez, afirmó:

el desbordamiento de los sucesos es producto de la falta de previsión. Indudablemente. Esto se hubiera

12. Alberto Müller Rojas: "Las fuerzas del orden en la crisis de febrero". *óp. cit.*, p. 120.

reducido al mínimo si se toman las medidas. Según nos dice, el debilitamiento, tanto de la policía preventiva, como de los organismos de inteligencia, tuvo una gran repercusión en el desarrollo de los sucesos, porque no había una organización apta para prever y afrontar, al comienzo, lo que estaba sucediendo.

La información necesaria para evaluar la situación en su real magnitud, y luego tomar las decisiones pertinentes, era muy escasa: el 27 de febrero, una de las características fue la falta de información. A tal punto resultaba esta insuficiente, que algunas decisiones las tomó el presidente haciendo caso de su “intuición” de viejo político: “ordené otras medidas que no se correspondían con la información que estábamos recibiendo”. Tal vez no fue sino eso, dice, lo que salvó la situación.

Esa misma intuición debe haberle servido para comprender que lo que estaba sucediendo no estaba siendo organizado por subversivos:

Contrariando el estilo del gobernante latinoamericano, yo no acusé a los extremistas de ser los responsables de los sucesos. Señalé, como era realmente, que esto obedecía a una fragua larga del asunto, y lo calificué como una explosión social... Era una reacción de otro tipo, no era una reacción política, a eso me refiero. Podía haber tres o cuatro establecimientos asaltados o saqueados, y en el centro de ellos una casa de AD o de COPEI intacta, con sus emblemas por fuera. Eso no tuvo un sesgo propiamente político. Fue, como le dije, una explosión social¹³.

He aquí nuestro problema: ¿cómo entender que un militar de ideas progresistas, como Müller Rojas, que académicos e intelectuales, como los que hemos citado, acaben por hacerse una idea del

13. Roberto Giusti: “Presidente Pérez: fue una explosión social”, en: *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas, Venezuela. Ateneo de Caracas / *El Nacional*, 1990, pp. 38-39, y 41.

27 F semejante, en lo esencial, a la del Presidente de la República? Aclaremos: cuando aquí decimos “en lo esencial”, nos referimos a que todos, de una manera u otra, perciben el 27 F como un suceso, bien al límite, al margen, bien opuesto a la política. ¿Cómo resolver, entonces, este problema? ¿Estaremos acaso condenados de antemano a recibir una solución ya hecha o, en el mejor de los casos, a escoger simplemente entre las dos o tres únicas soluciones posibles? ¿Tendremos por costumbre que asumir, resignados, el papel y la actitud del escolar, que busca la solución diciéndose que una ojeada indiscreta, anotada frente al enunciado, en el cuaderno del profesor se la mostraría?

Otra opción es posible: replantearnos el 27 F como problema. En esto es preciso seguir a Bergson cuando nos dice:

... se trata de encontrar el problema y, por tanto, de plantearlo, más aún que de resolverlo. Porque un problema especulativo está resuelto desde el momento en que está bien planteado. Entiendo por ello que entonces existe solución, aunque pueda estar oculta o, por así decir, cubierta: no queda más que descubrirla. Pero plantear el problema no es simplemente descubrirlo, es inventarlo.

Pero, ¿en qué consiste en este caso la invención?: “el esfuerzo de invención consiste las más de las veces en suscitar el problema, en crear los términos en los que va a plantearse”¹⁴. Lo que está en juego es cómo plantearnos el 27 F como problema, sin desmerecerle:

el problema tiene siempre la solución que se merece en función de la forma en que se plantea, de las condiciones bajo las que es determinado en cuanto problema, de los medios y de los términos de que se dispone para plantearlo¹⁵.

14. Gilles Deleuze (comp.): Henri Bergson: *Memoria y vida*. Madrid, España. Alianza Editorial, 1977, pp. 23-24.

15. Gilles Deleuze: *El bergsonismo*. Madrid, España. Cátedra, 1996, p. 12.

¿Cómo suscitar el problema?, es la pregunta. Nosotros decimos: hay que pensar el 27 F como lo que es: como un suceso enteramente político. Dejar de pensarle como una protesta más, de la que nuestros autores habrían hecho el sumario de todos sus defectos. Paolo Virno, en un pasaje de inspiración bergsoniana de su ensayo *Virtuosismo y revolución: la acción política en la era del desencanto*, habla de “aquellos conflictos sociales que se manifiestan no solo y no tanto como *protesta*”, como *voice*, sino, sobre todo, como *exit*:

La *exit* modifica las condiciones en que tiene lugar la contienda, más que presuponerlas como un horizonte inamovible; cambia el contexto en el cual surge un problema, en lugar de afrontar este último eligiendo una u otra de las alternativas previstas. En pocas palabras, la *exit* consiste en una invención desprejuiciada, que altera las reglas del juego y hace enloquecer la brújula del adversario¹⁶.

Eso es para nosotros el 27 F: un suceso que aparece asumiendo formas novedosas, modificando extraordinariamente el contexto político, provocando un replanteamiento de las condiciones en que habrán de tener lugar las futuras contiendas; una invención que, de tan reciente, no puede ser percibida por académicos, intelectuales y otras gentes, más que como algo que surge defectuoso, solo para morir prematuramente, al cabo de unas horas.

El 27 F debe insurgir dos veces: en primer lugar, frente al “estrechamiento de horizontes y endurecimiento de las reglas políticas

16. Publicado originalmente como: Virno, Paolo. *Virtuosismo e rivoluzione...* Roma, Italia. *Luogo Comune*, n.º 4, giugno 1993.

Versión electrónica en español: <http://www.nodo50.org/laboratorio/documentos/seminario/virno.html>.

Versión electrónica en italiano: http://www.ecn.org/deriveapprodi/memoria/indmem_fr.html.

del juego”¹⁷; luego, contra otro endurecimiento, más duradero y que llega hasta hoy: el de las reglas interpretativas de juego. En un caso, las reglas de juego, bloqueadas y fijadas, vuelven a ser inestables, reversibles. Esa ciudad amurallada que es la política se ve asediada por aquello que, en vano, ha procurado mantener al margen. En el otro, procede la recuperación del espacio perdido, el desplazamiento de las fronteras que demarcan el dominio de lo político, y con ello la expulsión de todo cuanto es extraño y peligroso. En nuestro caso, hemos optado por llamar a las cosas por su nombre y por eso hablamos del 27 F como “suceso”: “una relación que se invierte, un poder confiscado, un vocabulario retomado y que se vuelve contra sus utilizadores; una dominación que se debilita, se distiende, se envenena a sí misma; algo distinto que aparece en escena, enmascarado”¹⁸.

No decimos con esto que a partir de nuestra interpretación llega a su fin el tiempo de las “mentiras” sobre el 27 F, aun cuando intentaremos demostrar, en lo sucesivo, que la interpretación dominante sobre el suceso no es más que la consecuencia, por demás inevitable, de un planteamiento errado del problema, de la formulación de un falso problema. Lo que decimos es lo siguiente: una cierta interpretación “verdadera” del 27 F descansa, por lo general, en lugares comunes o ideas preconcebidas sobre lo que debe ser la política. En breve, se trata de una verdad de dudoso mérito. Las reglas o criterios seguidos para decir la verdad, y que estudiaremos con más detalle, ya los hemos enumerado antes: naturaleza del suceso, composición, etapas, ejercicio del poder.

Según la interpretación dominante, la magnitud del suceso puede atribuirse, en buena medida, a algún mal funcionamiento,

17. Pedro Trigo: “Algunos indicadores de coyuntura”. Caracas, Venezuela. *Sic*, año LII, n.º 513, Centro Gumilla, abril 1989, p. 100.

18. Michel Foucault: “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en: *Microfísica del poder*. Madrid, España. La Piqueta, 1992, p. 20.

tanto de las fuerzas policiales como de los organismos de inteligencia: desorden, improvisación, indisciplina, desorganización, desinformación. Diez años después del “fatídico 27 de febrero de 1989”, un alto jerarca del partido AD insiste en esta idea:

... otro factor coadyuvante para la propagación del desmán, negarlo sería irresponsable: la falta de intervención oportuna de la policía civil que, armada de simples garrotes, como se practica en todas partes, ha podido evitar la acción represiva de efectivos de las Fuerzas Armadas, que posteriormente se hizo necesaria, con saldo de numerosos muertos, para restablecer el orden¹⁹.

Al día siguiente, y en otro diario, quien fuera presidente de Fedecámaras durante el 27 F, alude al “descuido irresponsable por parte de organismos policiales, al no prever, durante años, la necesidad de contar con brigadas especiales antimotines, capaces de enfrentar esta clase de disturbios”²⁰. Pero ¿de qué clase de disturbios se trata? ¿Se enfrenta la policía a una protesta que puede ser controlada a fuerza de simples garrotes? Arturo Sosa ha respondido, aunque a medias, a esta pregunta: “si la policía hubiese intentado frenar la protesta por la fuerza, el resultado hubiera sido una masacre”. Pero Sosa aún concede a las fuerzas policiales demasiada capacidad para hacerse con el control de la situación. Además, exagera cuando habla de una cierta disposición de la policía para acompañar al pueblo.

¿Cómo no hablar de la incapacidad de la policía el 27 F? Nadie la niega. Ahora bien, ¿por qué no hablar, también, de la incapacidad, de la insuficiencia de la interpretación dominante sobre el suceso? Al menos Müller Rojas, como recordaremos, ha reconocido

19. Luis Piñerúa Ordaz: “El 27-F.” Caracas, Venezuela. *El Universal*, 27 de febrero de 1999, 1-4.

20. Hugo Fonseca Viso: “Violencia provocada”. Caracas, Venezuela. *El Nacional*, 28 de febrero de 1999, A/4.

haberse tropezado con una “dificultad básica” al momento de iniciar su análisis: “la imposibilidad de identificar una de las partes activas del proceso”. No obstante, al mismo tiempo, el autor ha sido uno de los más duros al momento de evaluar el comportamiento de la policía. Lo que nos parece curioso es lo siguiente: ¿por qué esta dificultad que reconoce para sí mismo no vale también para la policía? Sentarse a escribir, en algunas ocasiones, es tarea mucho más fácil de lo que comúnmente se piensa. Complicado es enfrentarse a “algo” que, según ha escrito Müller Rojas, no actúa de acuerdo a fines concretos, no dispone de una organización para lograrlos, y mucho menos de un plan para darles persistencia. ¿Cómo proceder frente a “algo” así?

Los cuerpos de seguridad del Estado, las direcciones y secciones de inteligencia de las FAN, absolutamente todos, fueron tomados por sorpresa el 27 F. ¿Por qué razón? Rafael Rivas Vásquez, para entonces director general de la DISIP, responde: “no había plan que detectar”. No obstante, ya desde el día 25, basándose en fuentes de inteligencia, la PM estaba al tanto de la convocatoria de una jornada de protesta estudiantil para el lunes 27, en contra del aumento de la gasolina. Protestas similares habían ocurrido en distintas ciudades del país entre los días 20 y 24 de febrero. Así las cosas, “el lunes se perfilaba como una protesta más”, tanto para estudiantes como para la PM. La policía “se preparaba para otro enfrentamiento contra los encapuchados en las adyacencias de la UCV, pero esto se había convertido en un procedimiento de rutina durante las semanas pasadas”.

Sin señales que indicaran que algo fuera de lo común estaba por suceder, llega el lunes 27. Según esquema de Rivas Vasquez, los hechos se desarrollan de la siguiente manera:

- a. En Caracas, disturbios estudiantiles en la UCV, liceos del este, oeste y centro, enfrentados por la PM.

- b. Guarenas, protesta de usuarios del transporte público por el aumento de las tarifas, la PM enfrenta a los manifestantes, inicio de saqueos, PM solicita refuerzos a Caracas.
- c. A pesar de encontrarse comprometidos en el enfrentamiento de los disturbios estudiantiles, Caracas envía sus reservas de PM a Guarenas, y mantiene como reservas a la GN y DISIP.
- d. Guarenas, la PM es rebasada por los disturbios, aún con los refuerzos de Caracas.
- e. Caracas envía efectivos de la GN a Guarenas.
- f. Disturbios en Los Teques, PM y GN solicitan refuerzos a Caracas.
- g. Caracas envía sus reservas de GN a Los Teques.
- h. En Caracas, al no disponerse de reservas de GN y PM, inicia operaciones la DISIP.
- i. La Disip es igualmente rebasada en capacidad operativa.

Los sucesos se hacen incontrolables no solo para los cuerpos de seguridad del Estado, sino también para la GN. Mientras, se desarrollan sucesos similares en Valencia, Maracay, Mérida y Barcelona. Ya entrada la noche, se desarrolla una reunión en el MRI. Además del ministro, asisten “el comandante general de la GN, el jefe del regional 5 de la GN, el comandante de la PM, el director de coordinación policial del MRI, el director general de la DISIP, dos integrantes del Comando de la Guarnición y otros funcionarios”. La evaluación de la situación arroja el siguiente resultado: imposibilidad de controlar la situación recurriendo a la totalidad de efectivos y recursos de los cuerpos de seguridad y GN. Insuficiencia de efectivos militares en la guarnición del Distrito Federal y Miranda. Se plantean dos alternativas:

- a. traslado a Caracas, provenientes de comandos regionales del interior, de distintas unidades de la GN; o
- b. ejecución del Plan Ávila, como se conoce a las operaciones correspondientes a las unidades de las FAN acantonadas en la guarnición del Distrito Federal y Miranda. La balanza se inclina definitivamente hacia la segunda alternativa en una segunda reunión, ya en la madrugada del día 28, esta vez con la presencia del jefe de Estado.

Se inicia entonces el despliegue de los efectivos militares disponibles en Caracas. Efectivos militares de refuerzo se movilizan desde el interior del país. Carlos Andrés Pérez recibe a dirigentes de distintas fuerzas políticas, los pone al tanto de la situación y les solicita su respaldo a la medida de suspensión de garantías: es el largo intervalo que abarca desde el momento de la evaluación decisiva de la situación, la correspondiente toma de decisiones y la ejecución de lo dispuesto. Es “el día más largo”, el día de “peores daños”, dada “la demora en decretar la suspensión de garantías, requisito para poner en marcha el Plan Ávila”. La medida, finalmente, se hace efectiva alrededor de las cuatro de la tarde, iniciándose entonces “la restauración del orden y el fin de la anarquía”.

Pero, ¿cómo explicar que eso que se perfilaba como una protesta más haya devenido en suceso? Para Rivas Vásquez, la falla de Estado estuvo en la labor de análisis y evaluación, no en la labor de búsqueda y procesamiento de información, pues no había información alguna sobre una acción que simplemente no había sido planificada. Esta falla se produce en la evaluación inicial de los hechos: “una vez iniciados los disturbios y producido el estallido en Guarenas, no se evaluó de inmediato la posibilidad de una

generalización y radicalización del fenómeno”²¹. Algo parecido es lo que ha planteado ya Müller Rojas: un error se produce en la evaluación inicial de Estado, cuando se les asigna a las protestas el grado de “rutinarias”, subestimando así el descontento social “como consecuencia de la pérdida real de ingresos”, etcétera. Nos preguntamos: ¿acaso había manera de prever que la protesta se generalizaría? Mejor aún: ¿fue realmente eso lo que ocurrió el 27 F: al principio, una protesta más; luego, una protesta que se generaliza? A juzgar por la respuesta de Estado, “masiva” en cuanto a movilización de efectivos militares y disposición de capacidad de fuego, así podría pensarse.

¿Es en realidad asignable a la policía, a la inteligencia de Estado, la responsabilidad por “el desbordamiento de los sucesos”? Rivas Vásquez lo duda, Carlos Andrés Pérez así lo cree, al igual que Müller Rojas. Pérez ha declarado: “esto se hubiera reducido al mínimo si se toman las medidas”. Müller Rojas ha escrito: si la policía “hubiese obrado eficazmente en los problemas iniciales, estos no habrían pasado de alteraciones localizadas, más o menos graves, del orden, y por lo tanto la situación se hubiese mantenido como una de carácter rutinario”. Pero ¿no ha cuestionado ya el mismo Müller Rojas la evaluación inicial de Estado, por cuanto define la situación como de carácter rutinario, subestimando el descontento social? ¿Qué subestima, entonces, Müller Rojas?

Puesto que si algo resulta claro a estas alturas es que, en efecto, el 27 F se inició con protestas rutinarias, lo que hay que saber es: ¿cómo estas protestas rutinarias devienen en suceso? Pero responder a esta pregunta equivale a descartar cualquier explicación por la vía de la generalización de las protestas. Como suceso, el 27 F no es algo que sea medible, cuantificable, numerable. No

21. Rafael Rivas Vásquez: “Resumen y análisis del Sacudón Caracazo, o estallido social ocurrido en Venezuela en 1989”. *Guaracabuya*, marzo 1999. <http://www.autentico.org/guara/oagrvo02.html>.

se trata, principalmente, de saber cuántos estudiantes, usuarios del transporte, obreros, pobres, etcétera, se lanzan a las calles. Ni siquiera se trata de llevar la cuenta de quiénes hacen parte del suceso: además de los estudiantes, los usuarios del transporte, etcétera, también los malandros, la ultraizquierda, los motorizados. Lo que hay que percibir es: ¿cómo entran en relación unos con otros? Retomamos un problema que ya se ha planteado Müller Rojas: el de “identificar una de las partes activas del proceso”. No obstante, no estamos de acuerdo con la solución que le ha dado, cuando solo logra percibir “una falta de diferenciación estructural del sector de la sociedad que intervino en el proceso”, lo que, de paso, le basta para concluir que “eso” que se manifiesta se encuentra al margen de lo político.

Nos preguntamos por “eso” que se manifiesta, pero no con ánimos de revelar ninguna falta, ninguna carencia. Nos interesa “eso” en su positividad. Si bien hay pobres y hay clase media, estudiantes y malandros, obreros y zagaletos, ¿por qué pensarles según sus diferencias de clase o según la condición moral de cada cual? Más nos interesa, en cambio, percibir la conexión que establecen entre ellos, seguir las huellas que deja a su paso el producto de esta conexión.

Es lo que ha hecho la policía (y quizá, aunque en menor medida, la GN, la DISIP y hasta el ejército). Por supuesto, en parte porque no le ha quedado otro remedio: ha presenciado nada más que la aparición de “un algo” desproporcionado y le ha visto desplazarse, movilizarse, proceder, funcionar de tal modo que se ha visto a sí misma reducida hasta el desconcierto. De inmediato, ha sentido la amenaza, el riesgo. Se ha visto forzada, por tanto, a reconocer en este funcionar la inutilidad del propio funcionamiento. La policía, por tantos subestimada, ha comenzado por reconocerse sobrepasada en capacidad, en suficiencia, y ha decidido cambiar de

estrategia. Solo después, en un acto a la vez intrépido y suspicaz, ha intentado ponerse a la par de “esa otra” fuerza y ha conseguido, en algunos casos, neutralizarla. Pero dejemos esto para más adelante.

Mientras tanto, sigamos ocupándonos de esta interpretación dominante del suceso que distribuye, aquí y allá, culpas y responsabilidades. Seguimos y a medida que avanzamos nos va quedando claro, y más claro, que si lo hacemos es por el deber de llevar hasta el final lo que hemos iniciado. Desde el inicio, y durante la mayor parte de este trabajo, le hemos dedicado nuestra atención a cierto tipo de material académico, quizá respondiendo a nuestra propia deformación escolar, según la cual lo primero que hay que ver es lo que dicen nuestros profesores. Es decir, nos hemos entregado, antes que nada, a la lectura de lo que tienen que decir ciertos autores sobre lo que quiere decir el 27 F, y tal vez el 27 F no quiere decir nada. Quizá se ha perdido ya demasiado tiempo tratando de descubrir la “significación histórico sociológica” del suceso, o intentando “situar las cosas en una perspectiva histórica”.

Tal vez debimos limitarnos, desde un principio, a seguir la marcha, el funcionamiento de “esa” fuerza que choca contra las fuerzas de Estado el 27 F. Hacer visibles las estrategias desplegadas por cada una de ellas. Nos hubiéramos ahorrado toda esta perorata sobre gente que se manifiesta “en un lenguaje rudo, no político”. Quienes han aprendido a hablar así, este lenguaje político, hablan y no paran de hablar sobre la necesidad de que el sistema democrático, los partidos políticos encaucen la violencia desbordada del 27 F; alertan sobre los peligros que acarrea una “ruptura temporal del consenso” o “el desbordamiento de los canales institucionales”; hacen llamados a la prudencia y solicitan al Estado, a “las asociaciones ciudadanas”, a los sindicatos, evitar la desorganización, la atomización, la disgregación de la sociedad; anuncian el agotamiento de los “mecanismos institucionales o políticos” que

habían permitido mantener el conflicto “limitado y canalizado”, y un largo etcétera. Hablan y siguen hablando de ese desorden que el Estado es incapaz de controlar, de la improvisación, indisciplina, irresponsabilidad, desinformación y falta de prevención de las fuerzas policiales y organismos de inteligencia. Hablan y hablan de las masas empobrecidas, y las nombran en todas sus formas, masas arrojadas a la protesta de tanta pobreza.

Pero lo que este lenguaje, político, nos revela, es que solo se puede decir de otro lenguaje que es “rudo, no político”, a condición de “hacerse una idea general de orden o de ser” políticos, que ya solo puede “pensar en oposición a un no-ser en general, un desorden en general”. En otras palabras, lo que este lenguaje político se plantea, a decir de Bergson, es un falso problema: hace “como si el no-ser existiera antes que el ser; el desorden antes que el orden (...) como si el ser viniera a llenar un vacío; el orden a organizar un desorden previo”. Es como decir que el ser y el orden “se preceden a sí mismos o preceden al acto creador que los constituye, re proyectando una imagen de sí mismos en (...) un desorden, un no-ser supuestamente primordiales”. Esta

... idea de desorden aparece cuando, en lugar de ver que hay dos o más órdenes irreductibles (...) retenemos solamente una idea general de orden, contentándonos con oponerla al desorden y con pensarla en correlación con la idea de desorden. La idea de no-ser aparece cuando en lugar de captar las realidades diferentes, que se van dando paso unas a otras indefinidamente, las fundimos en la homogeneidad de un Ser en general, que no tiene más remedio que oponerse a la nada, a relacionarse con la nada.

En fin, es un lenguaje político que descuida “las diferencias de naturaleza entre ambos órdenes, o entre los seres”²², que ve solo diferencias de grado allí donde hay diferencias de naturaleza.

Este lenguaje político hace como si la violencia existiera antes que la paz, el conflicto antes que el consenso, la desorganización antes que la organización. Como si los partidos políticos, los sindicatos, el Estado vinieran a encauzar, a canalizar esta violencia, este conflicto, esta desorganización. Pero ¿acaso no es también el Estado producto de esta violencia, de este conflicto? Esto no solo es así, sino que además el Estado contribuye a crear aquello sobre lo que ejerce su propia violencia. El Estado ejerce, pues, una violencia de derecho, según plantean Deleuze y Guattari. Esta violencia es ejercida, por ejemplo, contra la violencia criminal, o violencia de ilegalidad, perpetrada por quienes se apoderan de algo a lo que no se tiene derecho.

Es ejercida también contra una violencia sediciosa, o violencia conspirativa, puesta al servicio de la toma del poder del Estado para instaurar un nuevo “derecho”.

La particularidad de estas violencias es que se presentan como ya hechas: el Estado puede entonces decir que la violencia es un simple fenómeno de la naturaleza, y que él no es responsable de ella, que él solo la ejerce contra los violentos, contra los criminales, contra los sediciosos, para hacer que reine la paz²³.

Que el Estado es producto de la violencia y que contribuye, también, a crear una violencia de los pobres, es algo que comienza

22. Gilles Deleuze: *El bergsonismo*, *óp. cit.*, pp. 46, 14-17.

23. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*. Valencia, España. Pre-textos, 1997, pp. 453-454.

a quedar claro a partir de mediados del siglo XIX. Desde entonces, dice François Châtelet:

cuando se sabe al fin, gracias a Marx, lo que es la explotación, se sabe también que el escenario en el que tiene lugar históricamente el conflicto resultante de esa situación es un escenario político: la lucha de clases. Lo curioso es que, por lo general, lo político queda olvidado. Pero este olvido no es más que el resultado de una confusión entre lo político y la política (...). Y la política equivale aquí al Estado. Una vez que ha “olvidado” que su propia existencia es un producto de lo político, el Estado se impone como realidad exterior y superior, como trascendencia.

Solo a partir de esta imposición, que le vale para situarse en posición privilegiada, es como puede ostentar el monopolio sobre lo político, aun cuando solo pueda ejercerlo mediante la política y, a no dudarlo, mediante la violencia.

Este monopolio sobre lo político es ejercido, también en nuestro caso, por “quienes se han arrogado el derecho a juzgar, con ‘competencia’, las justas conductas colectivas”²⁴. Es justo que el conflicto permanezca encauzado, canalizado, limitado. Es correcto que el Estado organice el desorden. De lo contrario, un país sumergido en la nada, en el vacío, “un país instalado por los siglos de los siglos en un 27 de febrero”. Nadie en su sano juicio negará que se trataba, sin duda, de “masas enardecidas, inconscientes y primitivas”. Nadie vacilará en admitir, “como de hecho lo admite la ciencia política actual, la represión física organizada y legítima como un rasgo constitutivo de las estructuras políticas en general”²⁵. Podemos permitirnos ser un poco críticos y reclamarle al Estado, a los partidos políticos, a los sindicatos, pero no

24. François Châtelet, Pisier Kouchner, E. y Vincent, J. M. (comp.): *Los marxistas y la política*, l. Madrid, España. Taurus, 1977, pp. 16-18.

25. Alberto Müller Rojas: “Las fuerzas del orden en la crisis de febrero”, *óp. cit.*, pp.117.

podemos negar que, después de todo, “lo que se hizo fue evitar cosas peores”²⁶; ante todo, “se trataba de hacer imperar la razón sobre una violencia desatada espontáneamente y que amenazaba con extenderse a todo el país”²⁷.

A eso que se manifiesta, a ese algo desproporcionado, a esa otra fuerza, nosotros lo llamamos la turba, que es diferencia de naturaleza y no diferencia de grado. Habría que empezar por dejar de verlo como un intermedio tumultuoso. La turba “no es un torbellino de átomos a los que todavía les falta la unidad, sino la forma de existencia política que se afirma a partir de un uno radicalmente heterogéneo con relación el Estado”²⁸. Pero su existencia, enteramente política, pasa desapercibida hasta para una cierta interpretación clasista del 27 F: “el estallido social de febrero significa una protesta insuficientemente organizada del pueblo contra sus explotadores y opresores de filiación burguesa”.

Para Luis Cipriano Rodríguez:

Durante el 27 F hubo de todo, es decir, fue una protesta donde participaron diferentes capas populares, las cuales desbordaron sus descontentos, frustraciones e, incluso, deformaciones... El estallido del 27 de febrero fue principalmente social, aun cuando llevó implícitas algunas motivaciones políticas... fue una protesta espontánea, casi sin dirigencia.²⁹

Nada nuevo lo de Luis Cipriano

-
26. Roberto Giusti: “Presidente Pérez: fue una explosión social”, en: *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas, Venezuela. Ateneo de Caracas / *El Nacional*, 1990, pp. 42.
 27. Ítalo del Valle Alliego: “Reflexiones y propuestas”. Maracay, Venezuela. *El Siglo*, 27 de febrero de 2000, B-16.
 28. Paolo Virno: *Virtuosismo e rivoluzione...*, *óp. cit.*
 29. Luis Cipriano Rodríguez: “Entre la represión y el estallido”. Caracas, Venezuela. *Tierra Firme*, Revista de Historia y Ciencias Sociales, año VII, volumen 7, n.º 25, enero-marzo 1989, pp. 32-34.

Por su parte, Luis Fuenmayor, rector de la Universidad Central de Venezuela en 1989, dice:

La causa de la explosión social la constituyó la lucha de explotados contra explotadores, de pobres contra ricos, lucha que existe desde que la sociedad se dividió en clases sociales. Sin embargo, y para no crearse falsas expectativas en cuanto al porvenir, es útil aclarar que los obreros no participaron como clase en las manifestaciones de protesta del 27 de febrero y días posteriores, sino que lo hicieron simplemente como habitantes de los barrios populares. Al cabo de un par de días, la protesta degenera en un enfrentamiento de pobres contra pobres, y se producen hechos violentos primitivos, desordenados, sin ninguna orientación precisa³⁰.

Esta vez no nos extenderemos citando ejemplos. Al fin y al cabo, es una interpretación del suceso que, a decir verdad, se limita a dejar constancia de la lucha de clases y nada más. Lo demás viene a ser una repetición de lo mismo. Además, hemos insinuado ya que no basta con preguntarse qué clases intervienen el 27 F. Pero esto no quiere decir, en absoluto, que seamos indiferentes a la lucha de clases, como “garantía de inteligibilidad de algunas grandes estrategias”³¹. Sin la menor duda, también para el caso del estudio del 27 F, hay que echar mano de Marx.

Si el 27 F es un suceso incongruente, incoherente o sorprendente, lo es, en gran parte, debido a la ignorancia acerca de la composición de clases de la sociedad venezolana. Por razones que estamos lejos de entender, lo que al respecto pasa por explicación, no es

30. Luis Fuenmayor: *Páginas para despertar*. Ediciones del Vicerrectorado Administrativo, UCV. Caracas, Venezuela. 1994. Trabajamos de este libro, simultáneamente, “El 27 de febrero: sus causas y algunas de sus limitaciones”, pp. 192-193, y “El 27 de febrero estalló la vidriera de la bonanza aparente”, pp. 202-203.

31. Michel Foucault: “Poderes y estrategias”, en: *Microfísica del poder*. Madrid, España. La Piqueta, 1992, pp. 171.

sino el intento tímido y poco ambicioso, el ensayo frustrado de antemano de delinear el contorno, simple y abstracto, de lo que todo el mundo nombra como pobres y ricos. Parece como si nuestros opinadores se situaran por encima del enfrentamiento entre clases, tan alto, lo suficiente como para perder de vista cada detalle, y apenas divisar dos grandes bandos, mundos ajenos y extraños enfrentados de cuando en cuando.

Así es, pues, que cuando se informa sobre la existencia de pobres y ricos, no se está informando nada nuevo. No basta con afirmar, como quien denuncia: “la existencia de un número muy pequeño de grandes multimillonarios y un crecimiento de la pobreza, son hechos tan evidentes que no requieren demostración”³². Un intento de interpretación del suceso a partir de un análisis riguroso, en detalle, de la composición de clases de la sociedad venezolana, es algo que está por hacerse. A menos que estemos dispuestos a aceptar como adelanto de explicación algo como esto:

los participantes en los sucesos pertenecían a sectores muy diversos del espectro social: desde los más menesterosos y los más execrables, hasta sectores de clase media alta (con matices), pasando por los sectores populares y otros de media-media y media-baja, fueron vistos y mostrados ante los ojos de muchos y ante las cámaras de los media en actitudes de pillaje, ventajismo, saqueo o aquiescencia³³.

Así las cosas para el caso de las clases sociales, ¿qué esperar para el caso de la turba? Aunque, pensándolo bien, ¿se puede esperar algo más, acaso, de la interpretación dominante? La turba no espera que se le entienda. Todo cuanto hace “aparece

32. Luis Fuenmayor: “El 27 de febrero: sus causas y algunas de sus limitaciones”, en: *Páginas para despertar*, *op. cit.*, pp. 192.

33. Graciela Soriano de García Pelayo: “El ‘acontecimiento’, los media, las ciencias sociales y la historia”. Caracas, Venezuela. *Politeia*, Instituto de Estudios Políticos, UCV, n.º 13, 1989, p. 91.

necesariamente bajo una forma negativa: estupidez, deformidad, locura, ilegitimidad, usurpación, pecado”³⁴. En cambio, y sin esperararlo, hemos redescubierto la destrucción, la barbarie, la pobreza, cada cual hecha concepto positivo por Walter Benjamín. Ya se sabe cuánto ha trabajado Benjamín el tema de las huellas. La huella de la costumbre: “si entramos en un cuarto burgués de los años ochenta la impresión más fuerte será, por muy acogedor que parezca, la de que nada tenemos que buscar en él. Nada tenemos que buscar en él, porque no hay un solo rincón en el que el morador haya dejado su huella”. El *intérieureur* de este cuarto burgués “obliga al que lo habita a aceptar un número altísimo de costumbres, costumbres que desde luego se ajustan más al interior en el que vive que a él mismo”. Tal cual procede una interpretación del 27 F, que nada tiene que buscar en los confines de lo político, porque en todas partes aparece la huella del Estado. El Estado como forma de interioridad según la cual se interpreta habitualmente. Benjamín habla también de un “carácter destructivo” que “solo conoce una consigna: hacer sitio; solo una actividad: despejar. Su necesidad de aire fresco y espacio libre es más fuerte que todo odio”. Este carácter destructivo también “es joven y alegre. Porque destruir rejuvenece, ya que aparta del camino las huellas de nuestra edad”. Además, “él está por todos lados expuesto a las habladurías”:

Él no está interesado en absoluto en que se le entienda. Considera superficiales los empeños en esta dirección. En nada puede dañarle ser malentendido (...) El más pequeño burgués de todos los fenómenos, el cotilleo, tiene lugar solo porque las gentes no quieren ser malentendidas. El carácter destructivo deja que se le entienda mal; no favorece el cotilleo.

34. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, p. 361.

De la turba, el carácter destructivo que aparta las huellas. De la interpretación dominante, un cierto afán por evitar malentendidos: el autor en cuestión adopta los modales de persona amable, ofrece sus sinceras disculpas, solicita del público su escrutinio paciente, tolerante de las insuficiencias con que tropezaré durante la lectura. Se excusa diciendo que en el caso del 27 F se trata de hechos difíciles de aprehender, esquivos, apenas analizables. Todo esto hace el autor cuidando de las formas, salvando responsabilidades, para luego dar con los mismos tres o cuatro lugares comunes que acabamos de leer en otra parte, de otro autor que, cosa curiosa, se ha presentado con modales de persona amable.

Por su parte, la turba deja hablar, despreocupada, mientras que ella misma habla “ya en una lengua enteramente distinta”. Dicen de ella que es pobre, que es bárbara, y vaya que es pobre la turba, pobre en experiencia: “jamás ha habido experiencias tan desmentidas como (...) las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano”. A todas estas experiencias renuncia la turba, en un acto que no es desesperado sino liberador. Renuncia a la “imagen tradicional, solemne, noble, del hombre, imagen adornada con todas las ofrendas del pasado”; a la imagen del ciudadano responsable, “pacífico, civilizado, sano, culto, democrático y definitivamente venezolano”. Quizá vale también para la turba lo que Benjamín dice de

... esos hombres que desde el fondo consideran lo nuevo como cosa suya y lo fundamentan en atisbos y renuncia. En sus edificaciones, en sus imágenes y en sus historias la humanidad se prepara a sobrevivir, si es preciso, a la

cultura. Y lo que resulta primordial: lo hace riéndose. Tal vez esta risa suene a algo bárbaro. Bien está³⁵.

Alegría, risa bárbara, ¿de dónde tanta tristeza, tanta mofa alrededor del 27 F? ¿Odio de clase? Más bien miedo a la turba. Miedo de lo que no está uniforme, ajustado a regla, calculable, predecible. El Estado no puede predecir el nacimiento de la turba y, sin embargo, presente en ella una fuerza capaz de amenazarlo. La turba no es una clase, más bien se escurre entre las clases. “Cuando la noche del 27 el Estado suspendió momentáneamente su presencia, ¿qué apareció? No ante todo la división en clases (...) El análisis marxista, verdadero, es secundario en la interpretación de la división que atraviesa nuestra sociedad”³⁶.

Sociedad de “vencedores y vencidos”, leemos en la editorial de la revista *Sic*. Puede ser. Pero más importante es la sugerencia: cambiar de nivel, dirigirse a un nivel de análisis distinto. Percibir la turba en su positividad, incluso si hablamos de destrucción, de barbarie o de pobreza. En la turba “hubo de todo”, y no está mal. No está mal y no tiene nada de “simple” que “los habitantes de los barrios populares” no se manifiesten como clase. Tan simple como que la turba no tiene “el mismo movimiento, la misma distribución, ni los mismos objetivos ni las mismas maneras de luchar”³⁷ que las clases sociales. Ya lo advertía Châtelet: hay que cuidarse de invocar a las clases en cada lucha. Desgraciadamente, los hay quienes son incapaces de ver las luchas políticas más allá de las fronteras de las clases. También en este caso, lo que suele quedar “olvidado” es lo micropolítico.

35. Walter Benjamin: *Discursos interrumpidos*, I. España. Taurus, 1982. Hemos trabajado de este libro, simultáneamente, “El carácter destructivo”, pp. 159-161, y “Experiencia y pobreza”, pp. 167-173.

36. “Editorial”. Caracas, Venezuela. Centro Gumilla. *Sic*, año LI, n.º 514, mayo 1989, p. 148.

37. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, p. 218.



Cargando la muerte. Autor: Frasso. Barrio 19 de abril, Petare, 28 de febrero de 1989. Colección Archivo Audiovisual de la Biblioteca Nacional.

CAPÍTULO III

Venimos de decir que, contrario a lo que se opina comúnmente, el 27 F es un suceso de naturaleza política; que ese “algo distinto que aparece en escena” es la turba, tanto más distinta del Estado, cuanto que es diferencia de naturaleza; que la turba no es una clase, aunque ella la compongan también los pobres, los obreros; que la turba no tiene ni los mismos objetivos ni las mismas maneras de luchar que las clases, pero que tampoco tiene como objetivos el pillaje ni el saqueo. Además, nos hemos preguntado: ¿por qué tanta insistencia en dar con la “significación” del 27 F, en lugar de tratar de percibir el funcionamiento de las fuerzas enfrentadas durante el suceso?

El testigo responde: “Entonces empezó a bajar la gente, durante toda la noche. Bajó y bajó del cerro pero por manadas, y eso que eran niños, ancianos, hombres y mujeres de todas las clases y edades”. Más adelante: “Eran todos juntos. Ahí no había nadie. Pero eso era la gente”. Es así como hemos debido leerlo, así lo hemos citado al principio de este trabajo. Pero no dice así la versión original. Aquí, este fragmento de relato, impresionante, maravilloso, corre distinta suerte: comienza por “la gente”, que baja “por manadas”, “de todas las clases y edades”, “todos juntos” y “nadie” a la vez, pero de pronto este flujo asombroso lo contiene el autor, lo

encauza, lo canaliza, lo hace pasar entre paréntesis, y de ello resulta algo así: “Eran todos juntos. Ahí no había nadie (en el sentido de que no eran personas). Pero eso era la gente”. Para terminar, lo que el autor tomará como lo más importante: “Primero era el pueblo, después, bueno, se infiltraría otra cosa. Pero primero era el pueblo”.

No nos cansamos de repetirlo: “Eran todos juntos. Ahí no había nadie. Pero eso era la gente”. Furioso encadenamiento de frases que perturba la serena interpretación del autor. Según este, es la coherencia lo que falta. Se apresura, pues, a interponer una pausa salvadora, a incorporar paréntesis. Lo que hemos llamado la interpretación dominante sobre el 27 F es esto: un gran paréntesis que procede a la captura de esa gente “que bajó del cerro pero por manadas”. Como si el autor acechara, desde lo alto, el paso de una manada de bestias, y eligiera su presa de entre las bestias moribundas. Como si dejara pasar este furioso encadenamiento de frases, hasta abalanzarse sobre alguna de las frases más débiles. No puede ser casual que el autor conceda tanta importancia a una frase tan inofensiva como: “Primero era el pueblo, después, bueno, se infiltraría otra cosa”. Extrae de la cadena un sujeto, “el pueblo”, y de inmediato todo el resto del relato pasa a depender de este sujeto: “el pueblo”, punto de partida, “obreros y estudiantes”, “elementos de una protesta política”, unas “tácticas de lucha”, una organización, unos objetivos; luego, con la generalización de la revuelta, con la irrupción en masa de los habitantes de los barrios, la revuelta “adquiere caracteres protopolíticos”³⁸, la masa se dedica al saqueo, etcétera. Pero, después de todo -sospechamos- el autor no hace más que pasar, como interpretación del relato lo que él ya presupone para el caso del 27 F: una cierta idea de política, de pueblo.

38. Jaime Torres Sánchez: “Del 27-F al 4-F: de un levantamiento popular a una rebelión militar”. *Óp. cit.*, p. 12.

Una cierta idea de política que olvida lo micropolítico, una idea de pueblo que olvida a los hombres y mujeres, niños y ancianos que hacen manada. Eran todos: hombres, mujeres, niños, ancianos. Pero a la vez no era nadie. Era el producto de la conexión entre cada uno de ellos. Era cada uno abriendo su cuerpo a conexiones, pero no tanto para dejar de ser cada cual, sino para devenir otra cosa. Eran todos en su devenir-manada. Eran todos la turba, “rebotante, efervescente, tumultuosa”³⁹. Pero lo que define la turba no es el número de elementos que la componen, sino las relaciones internas al número. En el caso de la turba, los elementos conforman un conjunto no numerable, cualquiera que sea el número de sus elementos: hombres, mujeres, niños, ancianos, “de todas las clases y edades”. Lo que hace a la turba un conjunto innumerable es la conexión entre los elementos: de esta conexión puede resultar una manada, pero ante todo el resultado de la conexión es impredecible.

Tarde del 27 de febrero:

... Puertas afuera, un incipiente tumulto vespertino (...) Adentro la calma y afuera el desvarío colectivo (...) la capital y su repentina oceanidad incontrolable. [De pronto, alguien] bate las puertas y se planta en medio de la calle hirviente de ruidos humanos, de trotes innumerables: no es la vulgar redada de cada dos meses, no es el habitual nerviosismo policial tras algunos tipos sorprendidos *in fraganti* (...) el gentío a furia cabal; y hasta el peor dotado se lanza sobre las fuerzas del orden con un aplomo de justiciero aterrador. Llega la bulla, comienza la fiesta brava, brava de verdad: brava, olor a bestia absoluta, cómo evitar ese choque final, con qué saga imposible domar aquel vertigo.⁴⁰

39. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, p. 250.

40. José Roberto Duque: *Salsa y control*. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores, 1996, p. 63.

Lo que Duque presiente es ese algo “que de pronto se apodera de nosotros y nos hace devenir, un entorno, una indiscernibilidad, que extrae del animal algo común”. Lo propio de la turba es este devenir-bestia absoluta: ¿con qué soga imposible domar este animal que vive en nosotros? Deleuze y Guattari preguntan: “¿quién no ha conocido la violencia de esas secuencias animales, que le apartan de la humanidad aunque sea solo un instante y que le hacen mordisquear su pan como un roedor?”⁴¹.

Trotes innumerables de “hormigas sincronizadas en grupos de vecinos”. Son “las mujeres, los niños, los hombres; es toda la familia”⁴² en su devenir-hormiga. Mujeres, niños y hombres en su mayoría pobres, de eso no cabe la menor duda. Alguien habla sobre esa “perplejidad con la que vimos alzarse sobre Caracas la rabia de los pobres como una marejada indetenible”. No obstante, no hay lugar para estas metáforas que asimilan el 27 F con fenómenos naturales. La turba no funciona como, ni actúa a semejanza ni imita nada. Más bien deviene marejada indetenible, oceanidad incontrolable. Igual puede decirse de los motorizados: “pude verlos de un lado a otro de la ciudad, como veloces animales de metal, arengando al pueblo, provocando la insurrección, llevando y trayendo noticias de lo que estaba ocurriendo”⁴³.

Pero ellos no se desplazan como: sus motos son atavíos metálicos que favorecen la metamorfosis, el devenir-animal de la turba. Manada de veloces animales de metal: “un enjambre de motorizados se desplazaba por toda la ciudad”⁴⁴. “Bandas de motocicletas y de peatones”, acusa Fonseca Viso. Supongamos que es cierto lo que este dice: el 27 F “no fue una manifestación masiva, porque el

41. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, pp. 280-246.

42. Matías Camuñas: “Petare: la búsqueda.” Caracas, Venezuela. Centro Gumilla. *Sic*, año LII, n.º 513, abril 1989, p. 113.

43. Enrique Ochoa Antich: *Los golpes de febrero*, *óp. cit.*, pp. 20-28.

44. Fabricio Ojeda: “Saqueos y barricadas”, en: *El día que bajaron los cerros*. Caracas, Venezuela. Ateneo de Caracas / *El Nacional*. 1989, p. 27.

número de personas que tomó parte en estos hechos representó un porcentaje mínimo de la población adulta de las ciudades afectadas⁴⁵.

En otras palabras: el número de personas manifestantes representó un pequeño subconjunto dentro del conjunto de la población adulta urbana. Falso problema, puesto que la turba es en sí misma un conjunto innumerable. Aun así, cabe la pregunta: ¿por qué tomar a la adultez como patrón para la evaluación? Podemos preguntar también: ¿por qué no tomar como patrón, como constante, la pobreza, y deducir: la mayor parte de los manifestantes eran pobres, esto es, pertenecían al subconjunto mayoritario dentro del conjunto de la sociedad?

Por último, planteado siempre en términos cuantitativos: ¿no representa acaso Fonseca Viso una minoría? En efecto, minoría de personas urbanas, adultas, gente de empresa, etcétera. Minoría, sí, pero también patrón, constante, modelo de conjunto a partir del cual se juzga lo que está y lo que no está fuera del conjunto. Por tanto, el problema no es principalmente de números: saber cuántos pobres se manifestaron, tal y como se lo plantea habitualmente otra minoría, acaso más arrogante: personas urbanas, adultas, gente de la academia. Replantarse el 27 F como problema es también estar atentos a la siguiente advertencia: no caer en la trampa de los números y las cuentas. No basta con reclamar los derechos del conjunto más numeroso y más empobrecido, aun cuando este reclamo sea procedente en muchos casos. Pero este reclamo contiene ya la afirmación de hecho del conjunto.

La turba está compuesta por hombres, mujeres, niños, obreros, estudiantes, usuarios del transporte, “ultraizquierdistas marginados”, vagos, zagaletones, malandros; por hombres que son estudiantes y militan en la ultraizquierda; por mujeres que trabajan

45. Hugo Fonseca Viso: *Violencia provocada*, óp. cit., A/4.

de obreras; por niños que son estudiantes y también zagaletones; por hombres que son obreros y también malandros; por niños, mujeres y hombres que usan el transporte diario. Pero parece como si enumeráramos los “habitantes de los cerros y ranchos cara-queños”. Lo que hace la turba no es el número de elementos que la componen, sino la conexión entre los elementos. De esta conexión puede resultar una manada de bestias absolutas o un enjambre de veloces animales de metal, una oceanidad incontrolable o una marejada indetenible. Combinaciones impensables, impredecibles entre elementos: la turba es el producto de estas combinaciones. Un hombre, malandro de barrio, saqueador de reses, interrumpe su faena al toparse con una mujer. De pronto, algo pasa entre ellos. Él, Fabricio, la toma a ella, Elisa,

... por la nuca, la hala y le estampa un beso que sabe a humo, a sangre, a cera, a cosa que arde, a lágrima, a beso; a mujer prohibida, a Sóngoro-cosongo, a muerte, a flores secas, a mierda, a perfume, a ropa de mujer que tiembla, a trabajo en cauchera; a hombre maldito, a hombre sentenciado, a amenaza, a gobierno que tambalea, a piedra, cuero y bongó; sabe a pistola, a verga feliz, a flor de camomila, a animal venéreo que pudre y espanta; sabe a camionero y a la putrefacción que se siente en las carreteras, a loco suelto en las calles, a recién salido del retén, a culo sudado, a sudor de animal que fornicia; sabe a vela, a jarrón profundo, a cobres violentos, a Javier con un tiro en el cuello pero corriendo detrás de quien lo abaleó, sabe a olla, a fuego, a bala que entra-quema-sale, a Párate Armandito y prende el carro que la China está pariendo, sabe a sabor, a campana, rumba y tambó, a salsa y control, a Charlie Palmieri, a calavera, a barco perforado, a sucia suciedad en las axilas, a ron puro y caliente a las tres de la mañana cuando se ha acabado la cerveza y no hay-real pa' comprá una bombona de anís, a todos los barrios unidos vamos a cantar ahora, a cloaca abierta y un agua verde burbujeando y unos carajitos echándole

piedras para salpicar a los que pasan, a Tupamaro encaramado en el bloque y policía huyendo porque una cosa es echar plomo y otra cosa muy distinta que a uno le echen, a bueno pero un ratico porque puede llegar mamá y nos pilla, sabe a Cachito pahuélé, a se me partel coazón, a Si somos guerreros que palo pa rumba, a La Ponceña le ha cantado a todo el mundo, sabe a disparo, sabe a Juanito Alimaña, a suplicio de mierda hasta cuándo, a Chocolate Armenteros, a mujer policía que se masturba y hasta tiene orgasmos mientras les revisa las partes a las mujeres que van de visita a la cárcel, para ver qué tienes aquí mamiarrrrica sshhhhhh, sabe a Poliedro lleno de El Gran Combo, a Barreto gratis en el Nuevo Circo, a Miguelito Cuní, al microfonazo que le zampó Rubén Blades al policía en el concierto, a ricomamiasí, pero nomelomuertas, sabe a la guaraparchita de El Médico Asesino, a ratón, a polloenbrasas, a este debe ser marico porque loco no es, a hierba mansa, a Larry Harlow, a la Típica 73, a Palodemango, que no me tumben mi Palodemango, a Pete Conde Rodríguez, a lo eterno de Maelo, al coñazo que le dio el manco Freddy al guardia nacional porque le dijo tú hueles a mariguana, a préstame tres huevos Iraida que no tenemos paldesayuno, a intégrense a la actividad compañeros que vamos a dejar el bloque limpio y sin monte, sabe a sancocho en la matica, a redada y policía arrebatado metiéndose en la casa donde está el bazuco maldita perra, sabe a así sí es, así no es, así suena mi tres, a ese es el tipo échale un tiro en la oreja, zámpale, zámpale que ese no es nada tuyo, a mentol chino en el glande-para que tardes tres horas en acabar, a pan dealocha, a papagayo, a taller mecánico, a futbolito, a voz que se rompe de pasión, sabe a Aeropuerto sí tiene sabor, a atiende el teléfono Lila y si es el perro ese le dices que no estoy, a remate de caballos, a cueros, a campana mayoral, a chiste malo, a juego de básquet, a zapatos de seis mil bolos paganarse un tirote, a negra culona y buenota, a fiesta en casa de Honorio, a me llevo a los carajitos, a por favor no me mates, a agarre esos cien bolos ahí pero no compre esa

mierda pana usted se está matando, sabe a qué buena se está poniendo esa Mary, alguna rata del liceo la debe está cogiendo, a tiro, a peinilla, a malandro muerto, a madre de malandro muerto, a madre de malandro muerto en el velorio, a pea que dura tres y cuatro días, a te quiero mucho miamorcito así te vayas con el tipo del Volkswagen rojo, a vamos a hacer una vaca que el chamo Alonso se casa, a cómprale una ropita para que vaya al bautizo, a pluma, a hierro, a bestia, a fuego frío de dos almendras de azufre (...) a limón, a caña, a cilantro, a está bien, llévate los reales pero déjame la cédula, a bueno cógeme pero no me vayas a matar, a está bien mátame pero no me vayas a violar, a ritmo azúcar, a lengua muerta, a brisa, a playa, a apagón, a no hay agua bñate con este tobitito, a calle⁴⁶.

Lo que pasa entre ellos, Elisa y Fabricio, habitantes de cualquier barrio caraqueño, es un beso innumerable y delirante. Un beso que son dos, cuatro, mil combinaciones impredecibles. Tal cual la turba.

Al comienzo, reivindicaciones modestas: usuarios del transporte exigiendo el respeto de las tarifas; estudiantes manifestando en contra del aumento de la gasolina. Aún de madrugada, se producen las primeras escaramuzas entre choferes, policías y pasajeros. La gran mayoría de los pasajeros está compuesta de trabajadores y estudiantes, por lo general habitantes pobres de las pequeñas ciudades circundantes a Caracas. Protestan por el abuso y la especulación de los choferes. Quien sirve de intermediaria entre las partes, la policía, está compuesta, igualmente, por habitantes pobres de las mismas pequeñas ciudades. Al cabo de poco tiempo, la protesta desencadena en ataques a unidades de transporte; luego, en los primeros asaltos de “abastos y comercios de víveres”, cuyos dueños, casi siempre, son acusados de especuladores y acaparadores. Pero, como se sabe, el 27 F no es solo

46. José Roberto Duque: *Salsa y control*, *óp. cit.*, pp. 83-85.

producto del acaparamiento de productos básicos “por parte de algunos comerciantes inescrupulosos”. Habría que agregar que “los canales de representación y conciliación de conflictos, pautados en los pactos y alianzas que fundaron el sistema político en 1958, no podían contener la complejidad de demandas e intereses de una sociedad que se había modernizado con celeridad”. Además, habría que contar la gran frustración que causó en la población el anuncio gubernamental del 16 de febrero sobre “una salida neoliberal a la crisis”.

Para Margarita López Maya, el 27 F sería la cresta de una ola de protestas que comienza a correr “desde los últimos años del gobierno de Lusinchi”, y que llega hasta 1990. Luego vendría una segunda ola que abarcaría, temporalmente, desde 1991 hasta 1993. Durante este “ciclo de protesta” en “dos olas”, los manifestantes abandonarían, aunque nunca de manera definitiva, las formas “convencionales” de protesta, tales como huelgas, paros cívicos, paros escalonados, paros indefinidos, etcétera, distintas modalidades de paro laboral con frecuencia acompañadas “por marchas que llegaban a los lugares de toma de decisiones, especialmente en Caracas, pero algunas veces también a las alcaldías, gobernaciones y asambleas legislativas de las entidades federales”. Formas de protesta utilizadas por “estudiantes y maestros”, pero sobre todo “por las organizaciones partidistas y sindicales tradicionales, que todos conocen y que poco asustan”. Protestas “confrontacionales” y hasta “violentas”, pronto comprenderán el grueso del “repertorio” puesto a la disposición por los manifestantes. Este repertorio incluirá, básicamente, “las tomas de vías y establecimientos públicos y privados, los disturbios, las quemas, los saqueos”.

Durante el ciclo en estudio, la modalidad de protesta “más impactante”, más “inusualmente frecuente”, será el disturbio. Este será protagonizado, por lo general, por estudiantes, algunos de ellos

“encapuchados”, y policías. El patrón que sigue un disturbio es casi siempre el siguiente: alguno de los bandos instiga a su contrario, que responde, de lo que resulta, más o menos indistintamente, el enfrentamiento violento: de un lado, bombas lacrimógenas, peinillas, perdigones; del otro, piedras, botellas, bombas molotov, cohetones. En ocasiones, ambos bandos se enfrentan con armas de fuego. Un disturbio viene frecuentemente acompañado de barricadas, basura atravesada en las calles, quema de cauchos, secuestro y, eventualmente, saqueo y quema de algún vehículo. Tanto como los disturbios, ocurrirán tomas “en todo el país”. Serán organizadas, regularmente, por gente pobre, pero también por gente de la clase media y por profesionales. Consistirán, las más de las veces, en la interrupción del libre flujo por “autopistas, avenidas y calles”, aunque también habrá tomas “de tierras y edificios”. Los manifestantes reclamarán por el pésimo servicio de abastecimiento del agua potable, luz eléctrica, por las “calles rotas, planteles escolares deficientes”⁴⁷, etcétera.

Ciertamente, el 27 F cuenta con todas las características de una protesta confrontacional y violenta: es una mezcla de tomas de vías, con disturbios, quemas y saqueos. También, tal y como ocurre para el caso de esta modalidad de protesta, se presenta la siguiente relación de correspondencia entre los elementos: de un lado, usuarios del transporte, en su mayoría trabajadores y estudiantes, pero también gente de clase media; del otro, la policía. Tras las primeras escaramuzas, los manifestantes apedrean e incendian vehículos, interrumpen el tránsito por autopistas, calles y avenidas, queman basura, asaltan comercios. La policía se ve sobrepasada y acude en su auxilio la GN. Los manifestantes

47 Margarita López Maya: “La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)”, en: López Maya, Margarita (edit.). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*. Caracas, Venezuela. Nueva Sociedad, 1999.

crecen en número: se incorporan los habitantes de los barrios. En algunas ciudades del país, estudiantes se enfrentan violentamente con las fuerzas del orden.

Para Rivas Vásquez, falla la evaluación de Estado al no ser capaz de predecir “una generalización y radicalización del fenómeno”. En efecto, durante el intervalo que va desde esta primera evaluación fallida, hasta la noche del 27 y madrugada del 28, cuando se produce la evaluación definitiva, ocurren disturbios no solo en Caracas, Guarenas, Los Teques, Valencia, Maracay, Mérida y Barcelona, como enumera el ex Director General de la DISIP; En realidad, solo “quedaron excluidas de alteraciones del orden público las áreas bajo la jurisdicción de los estados Apure, Cojedes y Nueva Esparta y las de los territorios federales Amazonas y Delta Amacuro”⁴⁸. Verdadero “fenómeno” masivo. Luego -sigue Rivas Vásquez- vendría un segundo y angustioso intervalo, que iría desde la evaluación definitiva hasta la ejecución de las medidas.

Pero si el 28 es el día de “peores daños”, si estos ocurren durante el segundo y largo intervalo, debido a la demora del Estado, no es menos cierto que el daño está hecho desde el día anterior, que este ha acaecido mientras corría el primer intervalo. La turba es el daño. La primera evaluación falla, pero no tanto porque los organismos de inteligencia no sean capaces de predecir la generalización de los disturbios. Si es cierto que lo que se evalúa en casos de protesta es la información correspondiente a composición, tipo, motivos, rutas a seguir, lugares de concentración, identificación de líderes y evolución de la manifestación, se puede entender por qué falla la inteligencia de Estado. Al comienzo, los hechos se desarrollan tal cual “una protesta más”. Luego de unas pocas horas, la protesta, confrontacional y violenta, se generaliza. Más tarde, en un

48. Alberto Müller Rojas: “Las fuerzas del orden en la crisis de febrero”, *óp. cit.*, p. 119.

cierto punto, “pero ¿cuál? no es localizable”⁴⁹, la protesta deviene otra cosa: obreros, estudiantes, gente de los barrios, la policía, la GN; basura regada por las calles, autobuses incendiados, saqueos; pero de pronto algo distinto aparece en escena: la turba. Ella aparece allí donde varía drásticamente la composición de los elementos que hacen parte de la protesta. Prolifera, cosa desproporcionada y desconcertante, ocupando calles, veredas, rincones, pedazos enteros de ciudad; desaparece y vuelve a aparecer. No puede hablarse de una fase, una etapa de la turba, puesto que ella no aparece de una vez y para siempre: desaparece y reaparece, de donde deriva, en parte, la dificultad para percibirle.

Para Arturo Sosa, y, como recordaremos, habría una “primera fase” del 27 F, protagonizada por el “pueblo corriente con su variedad y pluralidad inherente”. Esta fase se prolongaría “toda la noche del lunes 27 al martes 28”. Luego, en la “segunda fase”, se adueñarían de las calles grupos de “malandros, zagaletones, individuos vinculados al narcotráfico barrial, restos ideologizados de la ultraizquierda”, grupos estos compuestos por “personas inadaptadas, desligadas de la vida cotidiana del común, no representativa de la mayoría del pueblo venezolano y noble”.

Una periodista, Tamara Nieves, escribe con espanto: “estos grupos demográficos, inéditos, no encajan en la clasificación socioeconómica D-E, más bien podrían ser Y-Z; pertenecen al inframundo caraqueño”⁵⁰. Pero lo realmente inédito es la turba. Ella está compuesta de “pueblo corriente”, pero también de malandros y militantes de la ultraizquierda. Lo novedoso es la conexión que establecen entre sí estos elementos, de lo que puede resultar una “marejada feliz e incontenible”⁵¹.

49. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, óp. cit., p. 218.

50. Tamara Nieves: “Del 27-F hay otra historia que contar”. *El Universal*, Caracas, 1 de marzo de 1999.

51. José Roberto Duque: *Salsa y control*, óp. cit., p. 85.

Sí habría, como lo plantea Sosa, una fase que se caracterizaría por el predominio de estos elementos, malandros y ultraizquierdistas. Pero antes, en la “primera fase”, ellos han formado parte de ese conjunto inclasificable, innumerable, que es la turba. Por lo que a ella respecta, cualquier discriminación entre “pueblo venezolano y noble”, de un lado, y “personas inadaptadas”, del otro, resulta fuera de lugar.

Algo semejante plantea José Luis Vethencourt: el malandro es el protagonista de una tercera fase del 27 F, caracterizada por la “violencia delincuencial”. Pero esta fase viene precedida de una “fase inicial”, de rompimiento de “ciertas barreras” por parte de los manifestantes. Posterior a esta, adviene una segunda y crucial fase, esta vez de “guerra inmedatista”. Dice Vethencourt: “es muy posible que estos dueños violentos de la calle” -como llama a los malandros- “colaborasen solidariamente” con las acciones populares en esta segunda fase. Mientras esta dura, la acción guerrera del pueblo desemboca en “una clara suspensión de la norma penal y de las sacrosantas leyes de la propiedad privada”. Así, en cuanto acto de guerra, el saqueo deja de ser el simple “acto de tomar una presa”. En otras palabras:

... el saqueo adquirió francamente el carácter de un botín que está legitimado por las leyes no escritas, pero sí ancestrales de la guerra. Se celebraron fiestas de triunfo en los barrios. En resumen, el pueblo suspendió, sin liderazgo específico alguno, la norma penal que protege la institución de la propiedad y las leyes habituales del dinero. Esto destaca la diferencia que existe entre los saqueos de aquellos días y los actos delincuenciales. Si no hay norma no hay delito. Una cosa es el botín de guerra y otra la presa del delito.

Después de todo, está claro que el pueblo “tiene la potestad de suspender las reglas del juego, aunque sea momentáneamente”.⁵²

La turba “altera las reglas del juego”. Una vez que ella aparece, desaparece la relación de intercambio, de correspondencia entre los elementos, propia de la protesta confrontacional y violenta. Donde prolifera la turba y ya no hay normas ni hay leyes, solo el Estado desnudo, ultrajado, la contienda varía en naturaleza. El enfrentamiento pasa a ser entre las fuerzas del orden y la turba, que no es el desorden, que no es diferencia de grado, sino diferencia de naturaleza.

Fotografías abundan sobre el 27 F. En ellas es común encontrarnos con escenas así: un joven encabezando una marcha, los brazos en alto, portando la bandera nacional; un manifestante arremetiendo contra un automóvil; un efectivo de la GN atropellando a un transeúnte; autobuses abrasados por las llamas; montones de basura y piedras regados por las calles; habitantes de algún barrio enfrentándose a la policía; gente destrozando las vidrieras de algún comercio. Sobran en ellas los signos puros, perfectos y habituales de una protesta. Sin embargo, frente a este tipo de fotografías “estamos como desposeídos de nuestro juicio: alguien se ha estremecido por nosotros, alguien ha reflexionado por nosotros, alguien ha juzgado por nosotros; el fotógrafo no nos ha dejado nada, salvo un simple derecho de aceptación intelectual”. El fotógrafo ha hecho todo por nosotros, “no podemos inventar nuestra propia recepción”.

Pero las hay también que se distinguen de estas típicas fotografías de protesta. Son las que llamamos fotografías de suceso. Tres de ellas encabezan, cada una, los capítulos de nuestro trabajo. Distinto de aquellas, en estas “el hecho sorprendido estalla en su terquedad,

52. José Luis Vethencourt: *Psicología de la violencia*. Caracas, Venezuela. Apuntes, Escuela de Comunicación Social, Facultad de Humanidades y Educación, UCV. 1991, pp. 47,49-50.

en su literalidad, en la evidencia misma de su naturaleza obtusa”. Esta terquedad de la expresión “añade a la lectura del signo una especie de captación turbadora que arrastra al lector de la imagen hacia un asombro visual, más que intelectual, porque lo pega a las superficies del espectáculo, a su resistencia óptica y no inmediatamente a su significación”.⁵³ Son imágenes ambiguas: parece como si no pasara nada, como si no quisieran decir nada en lo absoluto. Es el caso de la imagen que logra Oswaldo Tejada en *Antímano*: de no ser por la leyenda, ¿cómo saber que se trata de un saqueo? Más bien parece una estampa dominical, la gente volviendo a sus casas luego de las compras en el mercado. Es también el caso de la imagen de Guarenas: ¿de dónde esta naturalidad que abruma en la manera de cargar con lo saqueado? Lo que falta es la norma, es la ley, y es eso lo que nos perturba, lo que nos provoca el asombro. Miradas cómplices y, a la vez, sorprendidas de aquellos que vemos pasar al hombre con el pesado botín a cuestas. Miradas sorprendidas de los hombres que pasan, en la fotografía de Tora Grillo, aunque no parece que les embargara la sorpresa. Detienen la mirada, pero sin detener el paso. Parece como si el hombre muerto llevara cien años sobre el pavimento, como si cien años de miradas no bastasen. Yace el hombre muerto y parece que descansara. Pasan a su lado los hombres como tratando, siempre en vano, de acostumbrarse a este cuerpo terco, ingrátido. En fin, fotografías, las tres, hechas para la invención del lector. No hay que olvidar que la turba es “una invención desprejuiciada”.

Con la aparición de la turba se produce una nueva relación de correspondencia entre los elementos: a partir de entonces, es la turba contra las fuerzas del orden. El Estado, por su parte, anticipa en la turba su mayor amenaza, puesto que una tal relación de correspondencia presupone un “límite”, llegado al cual la relación

53. Roland Barthes: *Mitologías-Siglo XXI*. Madrid, España. 1980, pp. 107-109.

vuelve a reproducirse. Pero presupone también un “umbral”⁵⁴, después del cual la relación cambia inevitablemente.

El 27 F nos plantea la siguiente interrogante: ¿si la turba atravesara el umbral? Una interpretación dominante sobre el suceso se apresura a responder: después del Estado, la nada, “un país instalado por los siglos de los siglos en un 27 de febrero”. Pero, y por más traumático que esto pueda resultar para muchos, después del Estado no está la nada. La turba no es el no-ser del Estado, “sino la forma de existencia política que se afirma a partir de un uno radicalmente heterogéneo en relación al Estado”. Que las fuerzas del orden tengan que vérselas con esa otra fuerza, que no se moviliza si no es para intentar franquear el límite, ¿acaso no anuncia, así sea por mera deducción lógica, la existencia de algo después del límite, un umbral?

Nosotros retomamos lo que ha sugerido Rivas Vásquez en el sentido de que, para el caso del 27 F, puede hablarse de una evaluación de Estado en dos momentos. Preferimos hablar de estos dos intervalos, antes que hablar de tres o cuatro fases o etapas. Habría un primer momento fallido de la evaluación, que, como sabemos, Rivas Vásquez atribuye a la incapacidad para predecir una generalización de las protestas. Hemos adelantado que lo que pasa desapercibido para las fuerzas del orden es la aparición de la turba. Además, habría un segundo momento de la evaluación, cuando se ordena el despliegue masivo de efectivos militares. En este segundo intervalo, se iniciaría “la restauración del orden y el fin de la anarquía”. Sobre la actuación de la policía en el primer intervalo, alguien ha opinado:

Entre las actitudes atípicas, la de la policía, tolerante con la situación, causó impresión. Para los más ingenuos resultó anómala o sorprendente en su momento,

54. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, pp. 445.

pero para los más avisados, no menos explicable por la conveniencia, la connivencia o el temor, dadas las condiciones de vida de este sector de servidores públicos, dada su débil formación profesional y dadas las dimensiones que tomó un suceso incontrolable por ellos⁵⁵.

En realidad, entre quienes opinan sobre el 27 F hay un acuerdo casi unánime en estos dos puntos:

- a. la actuación torpe, temerosa y en connivencia con los saqueadores, de la policía;
- b. son los efectivos de las FAN los que ponen fin a una situación que se había hecho incontrolable.

Pero en cambio, podemos sentar una hipótesis distinta: esta connivencia de la policía con los saqueadores es lo que hace controlable la situación. Puesto que ni la turba tiene como objeto el saqueo, ni tampoco las fuerzas del orden controlan la situación solo mediante la violencia. Si el 27 F es sinónimo de saqueo, de violencia, es a consecuencia de una efectiva estrategia de Estado. Hagamos el análisis al nivel de las estrategias: porque no le ha quedado tiempo para distraerse discurriendo sobre la “significación histórico sociológica” del 27 F, porque ha reconocido en la caducidad de sus estrategias su derrota, la policía ha logrado anticipar la amenaza que es la turba. Se ha visto obligada a suspender, ya no digamos siquiera su función preventiva, sino su función represiva. Sobrepasada por la turba, sin embargo, dispone a veces de la suficiente iniciativa como para intentar encauzarle:

Pero no había desaparecido el grupo de militares armados, cuando reaparecieron los saqueadores. Y ya nadie más los detuvo. La gente continuó bajando. Con un gozo, con una desfachatez, con una determinación,

55. Graciela Soriano de García Pelayo: “El ‘acontecimiento’, los media, las ciencias sociales y la historia”, *óp. cit.*, p. 92.

que en pocas horas la anarquía era la ley. El robo, el saqueo, la rapiña se convirtieron, por obra de la presión popular, en acciones aceptables, en normas convenidas con la propia policía. La gente bajaba por el desquite. En la calle Atrás, en El Rosario, Antímano, un policía “dirige” el saqueo del automercado Central. Sentado en la patrulla, habla por un altoparlante:

—Me hacen el favor, doñitas. Con orden. Poco a poco.

Cientos de mujeres y niños entran y salen a través de una santamaría reventada. Cargan sacos de harina. Bolsas de café, pasta de dientes. El desabastecimiento se terminó. Sale a relucir el fraude sigiloso de algunos comerciantes.

—Eso no es necesidad, doñitas. Eso ya es egoísmo. No agarren todas las latas de sardinas. Cojan de a dos y dejen para los demás.

En la madrugada hubo una auténtica batalla. En el tiroteo un efectivo de la PM resultó gravemente herido. Entonces se llegó a un pacto. Los hombres permanecerían arriba. Detrás de unas barricadas. Solo mujeres y niños podrían hacer el arrase. Pero eso sí, con orden y cultura. Bajo la mirada y dirección de los policías, quienes se doblegaron ante la realidad.

—Me hacen el favor los hombres y permanecen detrás de las barricadas. Se les agradece no consumir bebidas alcohólicas, ni disparar contra la policía⁵⁶.

Pues bien, cuando falta “el grupo de militares armados”, mientras no ha intervenido la policía, no hay normas ni hay leyes, por tanto, no puede haber robo ni tampoco rapiña. Es la turba la que actúa y poco importa si las suyas son “acciones aceptables”. El

56. Roberto Giusti: “El día en que bajaron los cerros”, en: *El día en que bajaron los cerros*. Caracas, Venezuela. Ateneo de Caracas/ *El Nacional*. 1989, p. 37.

saqueo, que es botín de guerra, solo pasa a ser presa del delito, norma convenida, cuando interviene la policía como elemento ordenador. El trabajo policial consiste en discriminar los elementos de la turba: identificarlos, distribuirlos; verdadero trabajo de conjura. La lógica de la estrategia policial es más o menos como la que sigue:

... No encadena las fuerzas para reducir las; lo hace de manera que a la vez pueda multiplicarlas y usarlas. En lugar de plegar uniformemente y en masa todo lo que le está sometido, separa, analiza, diferencia, lleva sus procedimientos de descomposición hasta las singularidades necesarias y suficientes. “Encauza” las multitudes móviles, confusas, inútiles de cuerpos y de fuerzas en una multiplicidad de elementos individuales⁵⁷.

La estrategia policial es hacer de la turba algo multiplicable; numerable, *algo que no sea innumerable*, que no sea más “ese impulso oscuro y animal que removió iras congeladas en los pobres, los desarraigados, los esmuelados, ese movimiento desesperado y anárquico que transformó a Caracas en una ciudad de barbarie”⁵⁸. El saqueo prosigue, pero “bajo la mirada y dirección de los policías”, que distribuyen: “mujeres y niños” de este lado; los hombres, “detrás de las barricadas”. Finalmente, lo más importante de todo: lo que esta connivencia, esta permisibilidad del saqueo nos sugiere, es que lo realmente peligroso no es que la turba acometa el saqueo. Lo peligroso es la existencia misma de la turba.

La turba no tiene como objeto el saqueo. Hasta donde alcanzamos a saber, Roberto Giusti es el autor de la célebre frase: el 27 F fue “el día en que bajaron los cerros”. Así se titula una de sus conocidísimas crónicas sobre el suceso. Pero José Cohén, reportero

57. Michel Foucault: *Vigilary castigar. óp. cit.*, p. 175.

58. Roberto Giusti: “El día en que bajaron los cerros”, *óp. cit.*, p. 38.

gráfico, parece tener razones para ripostarle: “Yo creo que ese título está equivocado, los cerros no han bajado todavía; y el día en que lleguen a bajar, Caracas y su zona metropolitana van a resultar pequeñas”⁵⁹. Ahora bien, el problema no reside en saber cuánta gente ha bajado de los cerros el 27 F. Hay que interrogarse sobre el cómo: ¿cómo baja la gente de los cerros? La noche del lunes 27 bien puede tratarse de una “noche de línea de gente que corre”⁶⁰. Pero lo que hay que saber es: ¿cómo corre la gente? “Aquella primera noche del 27” pregunta Matías Camuñas, “¿quién se atreve ponerle cauce?”⁶¹.

Le respondemos: a veces la policía, que deja de proceder como esa fuerza cuya función es evitar las concentraciones numerosas, dispersándolas. De lo que se trata es de ordenar una concentración innumerable. La policía procede descomponiendo la turba, haciendo visibles los elementos que la componen: hombres, mujeres y niños. Lo que hace es ordenar la distribución, la circulación de los elementos. Hace de esta “línea de gente que corre” una línea con punto de partida, los cerros y punto de llegada: el saqueo. Poco importa si los que bajan de los barrios son cien, mil o diez mil: son los mismos elementos, es el mismo movimiento predecible de unos elementos que van y vienen, se rotan, se relevan, se sustituyen unos a otros. La policía descompone la turba “del mismo modo como se conjuran las temidas fuerzas de un río socavándole un lecho artificial o desviándolo en mil pequeños arroyos poco profundos”⁶².

Para la policía “se trata de distribuir un espacio cerrado, así pues, de ir de un punto a otro”. Para la turba, al contrario, “se trata de distribuirse en un espacio abierto, de ocupar el espacio,

59. Fidel Eduardo Orozco, Sabrina Zambrano: “José Cohén: los cerros no han bajado todavía”, en: *El estallido de febrero*. Caracas, Venezuela. Ediciones Centauro. 1989, p. 83.

60. José Roberto Duque: *Salsa y control*, *óp. cit.*, p. 81.

61. Matías Camuñas: “Petare: la búsqueda.” *óp. cit.*, p. 113.

62. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *El anti-Edipo*. Barcelona, España. Paidós. 1985, p. 183.

de conservar la posibilidad de surgir en cualquier punto: el movimiento ya no va de un punto a otro, sino que deviene perpetuo, sin meta ni destino, sin salida ni llegada”. La policía opone una “guerra institucionalizada” a lo que Vethencourt llama la “guerra inmediatesta” de la turba. En un caso, hablamos de una guerra “regulada, codificada, con un frente, una retaguardia, batallas”. En el otro, en cambio, hablamos de una guerra “sin línea de combate, sin enfrentamiento y retaguardia, en último extremo, sin batalla: pura estrategia”⁶³. Puro movimiento, guerra sin batalla; el mismo Vethencourt plantea que previo a cualquier tipo de violencia el 27 F es la “incrementada dificultad” de la gente para satisfacer su “impostergable necesidad” de movimiento:

... Resulta que la capacidad de moverse o movilizarse es, en el animal, una precondition para la vida como lo son el agua y el oxígeno. Precondition de urgencia impostergable, más perentoria que el hambre misma, puesto que la consecución del alimento y la defensa contra los ataques exigen como cuestión previa la movilidad.

No obstante, a esta cuestión de la movilidad, la interpretación dominante presta una importancia casi nula. Como asaltado por la vergüenza ajena, alguien habla sobre la turba como de un “desbordamiento de fuerzas naturales”. Así es, en efecto, solo que sin la vergüenza: la turba procede por desbordamiento. Romper barreras, franquear el límite, tal es el objeto de la turba. Si hace la guerra, es una guerra sin batalla, una guerra “contra el comercio, mas no contra los comerciantes”; de la misma manera que la emprende “contra los medios de transporte y no contra sus

63. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, p. 361.

asustados propietarios”. Vethencourt, una vez más, lo dice todo: “se hace difícil entender semejante moderación”⁶⁴.

Que la turba no tiene por objeto el saqueo, sino este movimiento que rompe barreras, es lo que sugiere una mezcla de relato y entrevista que recoge Fabricio Ojeda con el título, curioso, de “Yo, saqueador”. Lunes 27 de febrero por la mañana, en La Charneca, Jesús conversa con dos amigos. Alguien que pasa por ahí comenta sobre los disturbios en Guarenas. Más tarde, una amiga que llega del Nuevo Circo les cuenta, que hay protestas y que la gente se ha atravesado en la avenida Bolívar. Jesús siente deseos de acercarse a ver qué pasa, pero sus amigos no lo creen conveniente. Entonces pregunta a un señor que va pasando, y este le confirma: abajo hay gente en las calles protestando. “Fue cuando pasaron los tanques de la Guardia Nacional por la autopista”, relata Jesús. Más o menos convencido de que la situación se complicaría demasiado, se conforma con seguir las noticias por la radio:

De lo que hablaban era de Guarenas. Dijeron que había saqueos y hasta muertos y que la Guardia había tomado las calles. Del cerro se veía parte de la Bolívar sola. Ahí fue cuando unos chamos bajaron corriendo por las escaleras, porque se había prendido el peo en Parque Central. Yo no me atreví a bajar porque escuché unos tiros y preferí quedarme sentado viendo todo desde arriba.

Ya en la tarde, “como a las dos y media un poco de gente se atravesó en la autopista, frente a los bloques del Jardín Botánico”. Esta nueva avanzada fue repelida por la policía “y todo el mundo salió corriendo hacia Parque Central. De este lado, en la vía hacia el Este, no había nada y los carros pasaban tranquilos”. Del otro lado

64. José Luis Vethencourt: *Psicología de la violencia*, óp. cit., pp. 48-49.

... se quedaron unos policías y varios fiscales de tránsito, de esos motorizados, dejando que pasaran los carros y apurándolos con los brazos. Más arriba, en la calle que viene de Parque Central para agarrar rumbo al Oeste y a La Guaira, la gente seguía atravesada y ponía barricadas de piedra y cauchos prendidos. A un tipo se le ocurrió intentar pasar con un camioncito de esos pequeños, tipo cava. Entonces la gente lo rodeó y lo obligaron a abrir las puertas de atrás. Fue la primera vez en mi vida que vi un saqueo.

De nuevo de este lado,

... por la autopista, hacia el Este, a cada rato pasaban patrullas de la PM y carros de la Guardia, volando y con la sirena puesta. En el barrio la gente bajaba y subía. Otros se quedaban como yo, mirando desde arriba (...) Yo no sé de dónde salían, pero cada vez había más gente en la calle. Del barrio bajaron bastantes. Yo creo que nunca dejaron de bajar. Había mujeres, también niños, revueltos con los hombres que cerraban la vía (...) Entonces, como a las cuatro y media, la gente comenzó a caminar hacia ellos con los brazos levantados y las manos abiertas (...) y creo que hacían eso para que los tombos vieran que no llevaban piedras. Y les salió bien, porque tomaron otra vez la autopista sin que la policía echara un solo tiro.

Fue cuando nos comenzaron a llamar.

... Los de abajo seguían insistiendo. Con señas, nos decían que trancáramos el paso hacia Plaza Venezuela. Al principio, la gente del cerro no hacía caso. Estaba como temerosa. Pero luego vieron que de allá para acá ya no pasaban carros y que los del otro lado empezaron a correr hacia el distribuidor Jardín Botánico, comiéndose la flecha. Unos iban despacio, otros desbocados y algunos en moto. Parece que la policía había desviado el tránsito hacia la Bolívar o el Teresa Carreño y por eso el otro lado de la autopista se quedó solo. De todas formas, en el sitio de la toma

se quedó un montón de gente, que nos gritaba para que cerráramos la vía. Fue cuando varios del barrio se atrevieron a bajar. Una vez abajo, primero tiraron un colchón viejo en la autopista y los carros comenzaron a frenar. Después eso fue piedras y palos, hasta que uno comenzó a prender cauchos que otro echaba a rodar sobre la vía. Los carros frenaban pero trataban de pasar, y uno de ellos se llevó por delante un caucho prendido que soltó tremendo chispero. Entonces, los demás choferes empezaron a poner retroceso o dar la vuelta, mientras que la gente del barrio tomaba la autopista. No fue tan difícil y los del otro lado aplaudieron. El temor se marchó y muchos decidieron bajar. Jesús, que aún observa todo desde arriba (“yo me quedé arriba, todavía con algo de miedo”); se decide finalmente a bajar cuando ve venir cerro arriba a los primeros saqueadores: ahí se le quitó el miedo a todo el mundo y hasta yo bajé corriendo cuando vi ese montón de gente subiendo toda clase de comida (...) Corrí duro, pero cuando llegué ya no quedaba nada, la policía daba plan y los carros se estaban devolviendo. Me metí las manos en el bolsillo y caminé como si nada. Luego de eso, llegué hasta Parque Central por el Paseo Vargas y vi los autobuses prendidos. Por el Nuevo Circo se escuchaban tiros y en la Lecuna todo el mundo corría. Me conseguí a un poco de gente del barrio metida en la vaina. En la calle todo era fácil y la gente se dedicaba al saqueo⁶⁵.

Leer y releer, pero no como una muestra in situ de lo que aconteció antes del saqueo, como si todos los caminos condujeran a él. Lo que hay que percibir es este conjunto de elementos de una cierta geometría que atraviesa todo el relato. Nótese la frecuencia de los vocablos: arriba, abajo, Este, Oeste, de este lado, del otro lado. Es lo que queda por descubrir: el problema del espacio, el

65. Fabricio Ojeda: “Yo, saqueador”, en: *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles, óp cit.*, pp. 26-28.

posicionamiento variable, estratégico, de las partes enfrentadas. Una geometría de la cantidad y la medida simplemente no tiene lugar. Lo que sucede escapa a cualquier tentativa de medición: “yo no sé de dónde salían, pero cada vez había más gente”. El relato ha podido llevar por título: Ella, la turba, “cuya única función es anónima, colectiva o de tercera persona”⁶⁶; “mujeres, también niños, revueltos con los hombres que cerraban la vía”. La turba, percibida con asombro por Jesús. Pero está claro que, después de todo, quien escribe es Fabricio Ojeda; escribe el relato de Jesús y lo recoge en primera persona. Ya sabemos el resultado: Yo, “pon que me llamo Jesús”, saqueador. Jesús hace a un lado su temor y sus dudas, y se decide a bajar. Luego, “en la calle todo era fácil y la gente se dedicaba al saqueo”. Pero he aquí lo más importante: solo después de haber sorteado la mayor dificultad, es decir, su propio miedo, sus propias barreras, puede expresar con satisfacción: “todo era fácil”. La apropiación a través del saqueo es posterior a la apropiación, a la ocupación del espacio. He aquí la clave para entender cuál es el objeto de la turba. Previo a la apropiación primera, es el suspenso, gente incitando, gente expectante: “fue cuando nos comenzaron a llamar”, “los de abajo seguían insistiendo”, la gente “nos gritaba para que cerráramos la vía”. Luego, el primer desenlace: “fue cuando varios del barrio se atrevieron a bajar”. Posteriormente, el descubrimiento de la propia fuerza, la celebración: “no fue tan difícil y los del otro lado aplaudieron”.

La turba tampoco se plantea como objetivo la toma del poder político. Lo cual no niega que ella sea, efectivamente, una forma de existencia política. Todo su funcionamiento, su existencia misma es ya un ejercicio de poder contra el Estado o, más bien, contra unas ciertas y determinadas formas de poder. Habría que comenzar por dejar de ver al Estado como un ente abstracto que,

66. Gilles Deleuze y Félix Guattari: *Mil mesetas*, *óp. cit.*, p. 361.

además de concentrar y distribuir el poder, ejercería, con plenos derechos, un monopolio sobre el poder político. Es esto lo que hay que asimilar, y no el supuesto hecho de que “no basta con remover momentáneamente un gobierno, sino que hay que poder sustituirlo inmediatamente”⁶⁷. Sin duda alguna, la turba ha demostrado saber mejor que la izquierda que el poder se ejerce más que se posee.

La turba no ataca principalmente a una clase, a un partido, y para Carlos Andrés Pérez eso prueba que lo del 27 F “no era una reacción política, a eso me refiero. Podía haber tres o cuatro establecimientos asaltados o saqueados, y en el centro de ellos una casa de AD o de COPEI intacta”. Pero si la turba no asalta ni saquea las casas de los partidos es porque la política no se limita a los partidos, ni mucho menos su límite lo demarcan las cuatro paredes de una casa. La turba no tiene por objeto hacer la revolución ni propugna el fin de la lucha de clases, “por eso no viene al caso la evocación de revoluciones o momentos insurreccionales”. Pero la turba tampoco tiene como objetivo el saqueo, y por eso no cabe hablar del 27 F como sinónimo de saqueos: “Quizá los saqueos fueron, en sentido estricto, un accidente de la historia contemporánea de Venezuela. A pesar de su dimensión espectacular, probablemente no tienen el status histórico que muchos le han atribuido”⁶⁸.

No obstante, es indudable que hacer esta asociación entre 27 F y saqueo, 27 F y violencia, es una práctica que está profundamente arraigada en el común de los venezolanos. Lo que es peor: es normal hablar del suceso como de un evento sombrío, triste, vergonzoso, doloroso, que mueve a pena: “la vida se ha vuelto un verdadero castigo, un 27 de febrero lento y continuo, una pesadilla”⁶⁹. ¿Quién

67. Miguel A. Padrón R.: “Una atmósfera pre-algo”, en: *El estallido de febrero*. Caracas, Venezuela. Ediciones Centauro. 1989, p. 37.

68. Ornar Astorga: “La cultura inmediata del saqueo”, en: *El estallido de febrero*. Caracas, Venezuela. Ediciones Centauro. 1989, p. 39.

69. Matías Camuñas: “Un año de dolor y rabia”. Caracas, Venezuela. Centro Gumilla. *Sic*, año LIII, n.º 522, marzo 1990, p. 74.

no ha visto o ha sentido ese temor que se apodera de los presentes ante la mera invocación de la posibilidad de otro 27 de febrero? Guíño de la historia: y pensar que el 27 F consistió, ante todo, y para decirlo con Virno, en una “exuberancia de posibilidades”; “cuando los cauces se reventaron / cuando de pronto pareció todo posible”⁷⁰. Este temor que sentimos es producto, en buena medida, de la brutalidad de Estado, de su violencia escandalosa a partir del 28 de febrero por la tarde, y que se extiende durante los primeros días de marzo. Esta brutalidad es el episodio final del trabajo de conjura. No es haciendo uso de esta violencia escandalosa, como se piensa comúnmente, como el Estado comienza a controlar la situación. También habría que abandonar una idea del poder como mera represión, puesto que el poder también produce cuerpos útiles, como hemos visto en el caso de la policía. Desde el 28 de febrero por la tarde, cuando las fuerzas del orden y las FAN proceden a cumplir con lo dispuesto en una segunda evaluación de los hechos, la estrategia de Estado consiste en emplear tan hondamente la violencia, que podemos decir con Marx: “parece como si simplemente el Estado volviese a su forma más antigua, a la dominación desvergonzadamente simple...”⁷¹. Formar una determinada memoria de los hechos es la estrategia de Estado: el dolor infligido debe volverse imborrable, omnipresente, inolvidable, para recordar el 27 F con el “rostro entre las manos y la mirada estrellándose en el vacío”⁷².

Tiene plena vigencia aquella valiente editorial de la revista *Sic*, de mayo del mismo año 1989: “el objetivo no era controlar la situación, sino aterrorizar de tal manera a los vencidos que más nunca

70. Pedro Trigo: “Salmo en la revuelta.” Caracas, Venezuela. Centro Gumilla. *Sic*, año LI, n.º 513, abril 1989, p. 141.

71. Carlos Marx: “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en: *Marx, Carlos y Engels, Federico. Obras escogidas*. Moscú, URSS. Editorial Progreso, p. 97.

72. Elizabeth Araujo: “23 de enero: Vivir entre balas”, en: *Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas, Venezuela Ateneo de Caracas / *El Nacional*. 1990, p. 82.

les quedaran ganas de intentarlo otra vez. Era una acción punitiva contra enemigos, no un acto de disuasión dirigido a conciudadanos”. Había que lograr que los vencidos no tuvieran la experiencia de haber ganado una. Que esa semana se les clavara a fuego; no como el día en que se adueñaron de la calle y compraron sin pagar, sino como las noches terribles e interminables en que llovían sin tregua las balas y se vivió agazapado en completa indefensión.

“Y en efecto, el objetivo aparentemente se logró: el pueblo tiene el miedo metido en el cuerpo”⁷³. Sacar el miedo del cuerpo, abrir el cuerpo a conexiones impredecibles, como enseña la turba, es lo que nos queda. Puesto que a pesar de todas las muertes que ha provocado el Estado, a pesar de toda la muerte que suma una interpretación dominante sobre el 27 F, queda la vida: “pero cómo explicar, cómo convencerte de que el aire dejaba una resaca agradable en la piel, con todo y los muertos y el tufo brutal de las bombas y los muertos”⁷⁴.

73. “Editorial”. *Sic*, año LII, n.º 514, mayo 1989, *óp. cit.*, p. 148.

74. José Roberto Duque: *Salsa y control*, *óp. cit.*, p. 76.

BIBLIOGRAFÍA

AUTORES CITADOS DE LIBROS

- Araujo, Elizabeth. (1990). “23 de Enero. Vivir entre balas”, en: *Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas, Venezuela: Ateneo de Caracas/ *El Nacional*.
- Astorga, Ornar. (1989). “La cultura inmediata del saqueo”, en: *El estallido de febrero*. Caracas, Venezuela: Ediciones Centauro.
- Barthes, Roland. (1980). *Mitologías*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Caballero, Manuel. (1991). “Un lunes rojo y negro”, en: *El poder brujo*. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores.
- Châtelet, François; Pisier Kouchner, E. y Vincent, J. M. (comp.). (1977). *Los marxistas y la política*, I. Madrid, España: Taurus.
- Deleuze, Gilles (comp.). (1977). *Henri Bergson: Memoria y vida*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- . (1996). *El bergsonismo*. Madrid, España: Cátedra.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. (1985.) *El anti-Edipo*. Barcelona, España: Paidós.
- . (1997). *Mil mesetas*. Valencia, España: Pre-textos.
- Duque, José Roberto. (1996). *Salsa y control*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.

- Foucault, Michel. (1992). "Nietzsche, la genealogía, la historia", en: *Microfísica del poder*. Madrid, España: La Piqueta.
- . (1992). "Poderes y estrategias", en: *Microfísica del poder*. Madrid, España: La Piqueta.
- . (1996). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Fuenmayor, Luis. (1994). "El 27 de febrero: sus causas y algunas de sus limitaciones", en: *Páginas para despertar*. Caracas, Venezuela: Ediciones del Vicerrectorado Administrativo, UCV.
- . (1994). "El 27 de febrero estalló la vidriera de la bonanza aparente", en: *Páginas para despertar*. Caracas, Venezuela: Ediciones del Vicerrectorado Administrativo, UCV.
- Giusti, Roberto. (1989). "El día en que bajaron los cerros", en: *El día que bajaron los cerros*. Caracas, Venezuela: Ateneo de Caracas / *El Nacional*.
- . (1990). "Presidente Pérez: fue una explosión social", en: *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas, Venezuela: Ateneo de Caracas / *El Nacional*.
- López Maya, Margarita. (1999). "La protesta popular venezolana entre 1989 y 1993 (en el umbral del neoliberalismo)", en: López Maya, Margarita, (edit). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*. Caracas, Venezuela: Nueva Sociedad.
- Marx, Carlos. (1994). *El Capital*, I, p. xxiii. México: Fondo de Cultura Económica.
- . "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en: *Marx, Carlos y Engels, Federico. Obras escogidas*. Moscú, URSS: Editorial Progreso.
- Ochoa Antich, Enrique. (1992). *Los golpes de febrero*. Caracas, Venezuela: Fuentes Editores.

- Ojeda, Fabricio. (1989). "Saques y barricadas", en: *El día que bajaron los cerros*. Caracas, Venezuela: Ateneo de Caracas / *El Nacional*.
- . (1990). "Yo, saqueador", en: *27 de febrero. Cuando la muerte tomó las calles*. Caracas, Venezuela: Ateneo de Caracas / *El Nacional*.
- Orozco, Fidel Eduardo y Zambrano, Sabrina. (1989). José Cohén: los cerros no han bajado todavía, en: *El estallido de febrero*. Caracas, Venezuela: Ediciones Centauro.
- Padrón R. Miguel A. (1989). "Una atmósfera pre-algo", en: *El estallido de febrero*. Caracas, Venezuela: Ediciones Centauro.

AUTORES CITADOS DE REVISTAS Y PERIÓDICOS

- Álvarez, Federico. (1990). "Y de aquellas furias solo quedan palabras". Caracas, Venezuela: *Comunicación*, n.º 70, segundo trimestre, Centro Gumilla.
- Barrios Ferrer, Gonzalo. (1990). "Los sucesos del 27 y 28 de febrero de 1989: una aproximación histórico-política". Caracas, Venezuela: *Argos*, Revista de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Simón Bolívar, n.º 11.
- Camuñas, Matías. "Petare: la búsqueda". Caracas, Venezuela: *Sic*, año LII, n.º 513, abril 1989. Centro Gumilla.
- . "Un año de dolor y rabia". Caracas, Venezuela: *Sic*, año LIII, n.º 522, marzo 1990. Centro Gumilla.
- Civit, Jesús y España, Luis Pedro. "Análisis socio-político a partir del estallido del 27 de febrero", Caracas, Venezuela: *Cuadernos del Cendes, UCV*, n.º 10, enero-abril 1989.
- Del Valle Alliegro, Ítalo. "Reflexiones y propuestas". *El Siglo*, Maracay, 27 de febrero de 2000, B-16.

- Fonseca Viso, Hugo. "Violencia provocada". *El Nacional*, Caracas, 28 de febrero de 1999, A/4.
- Hernández Montoya, Roberto. "Diques". *El Nacional*, Caracas, 8 de octubre de 1994, A/5.
- Müller Rojas, Alberto. (1989). "Las fuerzas del orden en la crisis de febrero". Caracas, *Venezuela: Politeia*, Instituto de Estudios Políticos, UCV, n.º 13.
- Nieves, Thamara. "Del 27-F hay otra historia que contar". *El Universal*, Caracas, 1 de marzo de 1999.
- Piñerúa Ordaz, Luis. "El 27-F". *El Universal*, Caracas, 27 de febrero de 1999, 1-4.
- Rodríguez, Luis Cipriano. "Entre la represión y el estallido". Caracas, Venezuela: *Tierra Firme*, Revista de Historia y Ciencias Sociales, año VII, volumen 7, n.º 25, enero-marzo 1989.
- Salamanca, Luis. (1989). "27 de febrero de 1989: la política por otros medios". Caracas, Venezuela: *Politeia*, Instituto de Estudios Políticos, UCV, n.º 13.
- Soriano de García Pelayo, Graciela. (1989). "El 'acontecimiento', los media, las ciencias sociales y la historia". Caracas, Venezuela: *Politeia*, Instituto de Estudios Políticos, UCV, n.º 13.
- Sosa A., Arturo. "¿Qué fue lo que pasó?". Caracas, Venezuela: *Sic*, año LII, n.º 513, abril 1989. Centro Gumilla.
- Torres Sánchez, Jaime. "Del 27-F al 4-F: de un levantamiento popular a una rebelión militar". Maracaibo, Venezuela: *Espacio Abierto*, Cuaderno Venezolano de Sociología y Antropología, año 1, n.º 2, enero-junio 1993.
- Trigo, Pedro. "Algunos indicadores de coyuntura". Caracas, Venezuela: *Sic*, año lii, n.º 513 abril 1989. Centro Gumilla.
- Vethencourt, José Luis. (1991). "Psicología de la violencia". Caracas, Venezuela. *Apuntes*, Escuela de Comunicación Social, Facultad de Humanidades y Educación, UCV.

AUTORES CITADOS DE INTERNET

Foucault, Michel. “El sujeto y el poder”.

<http://wmvrau.edu.uy/fcs/soc/Revista/foucault.html>.

Rivas Vásquez, Rafael. “Resumen y análisis del ‘Sacudón’, ‘Caracazo’ o estallido social ocurrido en Venezuela en 1989”.
Guaracabuya, marzo 1999.

<http://www.autentic0.org/guara/0agrv002.html> Virno, Paolo.
“Virtuosismo e rivoluzione”. Roma, Italia: Luogo Comune,
n.º 4, giugno 1993. Versión electrónica en español: <http://www.nodo50.org/laboratorio/documentos/seminario/virno.html>. Versión electrónica en italiano: http://www.ecn.org/deriveapprodi/memoria/indmem_fr.html.

ÍNDICE

Prefacio / 9

Introducción / 11

Capítulo I / 15

Capítulo II / 35

Capítulo III / 57

Bibliografía / 85

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN ENERO DE 2012
EN LA FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA
50.000 EJEMPLARES
GUARENAS - VENEZUELA

REINALDO ITURRIZA LÓPEZ, venezolano (1977)

Sociólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela con mención *Magna Cum Laude*; profesor de Sociología en esa Casa de Estudios (2006). Miembro del equipo redactor de los informes especiales sobre el golpe de Estado de 2002. Director de la Escuela de Medios y Producción Audiovisual de Ávila TV (2009). Actualmente es columnista del diario *Ciudad CCS*. Profesor a dedicación exclusiva del Programa de Formación de Grado de Comunicación Social en la Universidad Bolivariana de Venezuela (2004-2005), entre otros cargos relevantes.

27 de febrero de 1989; interpretaciones y estrategias –texto seleccionado inicialmente para formar parte de la Biblioteca Popular para los Consejos Comunales– es una obra que analiza los hechos del 27F desde una óptica distinta a cuanto hemos oído y leído, pues, toma dicha fecha (sus sucesos) como objeto de estudio para, después de enfrentar las distintas teorías, ofrecernos una interpretación por demás novedosa con la que podemos percibir otro foco de la naturaleza de ese día.

Iturriza, en un despliegue de intelecto inquieto, se plantea varias interrogantes doctrinarias en las que el lector acucioso podrá tomar partido, especialmente en los pasajes en los que el autor utiliza los conceptos de manifestación, turba, deseo político o no de las masas al momento de expresarse...

En fin, una obra donde se profundiza en el comportamiento de las masas en ese 27F, y en la que los lectores se sentirán parte de la misma; esto, movidos por las referencias y planteamientos –suficientemente sustentados– que deshojan el concepto de “comportamiento de masas”. Además, y como corolario, quedará en la mente del lector la afirmación tajante expuesta por Iturriza: “A una sociedad en ebullición no se la puede pensar con cerebros quietos”; proposición muy pertinente en estos momentos en que la Patria venezolana ha alcanzado los primeros veinte años de aquella ebullición revolucionaria. Sí, un libro de cabecera para los estudiosos del comportamiento social es lo que en esta oportunidad Iturriza nos ofrece para el enriquecimiento colectivo en lo humano, cultural y político; para la diaria y necesaria batalla de ideas en la que estamos inmersos.